This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

From the Bequest of
MARY P. C. NASH
IN MEMORY OF HER HUSBAND
BENNETT HUBBARD NASH
Instructor and Professor of Italian and Spanish
1866–1894

1884

ENSUEÑOS DE LA MENTE

POR

JESUS DE LAPARRA,

DEDICADOS

A LA JUVENTUD CENTRO-AMERICANA.

Guatemala.

IMP. DE ARENALES.

"ENSUEÑOS DE LA MENTE"

POR

JESUS DE LAPARRA,

DEDICADOS

A LA JUVENTUD CENTRO-AMERICANA.

GUATEMALA.

IMPRENTA DE P. ARENALES: 9.ª CALLE PONIENTE, N.º 20.

~~SAL 2055.5.100~~

SAL 2855.5.100

HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
APR 25 1944

Nash fund

ADVERTENCIA.

Entre las composiciones inéditas que ahora publico, con el título de "Ensueños de la mente," se encuentran insertadas algunas de las que se imprimieron en 1854, por obsequiar los deseos de varios amigos que me hicieron esta indicacion.

Jesus de Laparra.

Guatemala, Marzo de 1884.

EL MUNDO.

DEJADME en paz, mentidas ilusiones,
Dejadme en paz, encantadores sueños,
Pensamientos sublímes, halagüeños,
Hechiceras, anjélicas visiones.

Dejadme sola atravesar la vida,
Sola, con mi dolor y mi tristeza;
De espinas coronada mi cabeza
Y con el alma de frialdad henchida.

Déjame en paz, bellísima esperanza,
No ajites yá, mi corazon doliente:
Déjame ver con calma indiferente
El mundo material en lontananza.

Quiero admirar los cuadros diferentes
Que se presentan á mi fantasía,
Unos de alegre y plácida armonía,
Y otros de quejas tristes y dolientes.

Allá aparece la dichosa infancia,
Cándida y pura en apacible cuna,
Sin conocer pesar, ni pena alguna,
Cual una flor de celestial fragancia.

En amorosos brazos arrullada,
Envuelta en gasas y nevado armiño,
Goza feliz el maternal cariño,
Que Dios le diera al crearle de la nada.

¡Salve mil veces, tierno amor profundo,
Materno afecto, sacrosanto y bello:
Del corazon de Dios, dulce destello,
Unico bien que existe en este mundo!

Unico apoyo en la áspera carrera
De la senda funesta de la vida;
Pues es la madre anjelical, querida,
El Jénio que nos vela por do quiera.

Ella es la sola que devéras ama,
La que nos dá la vida con su aliento:
La que nos dá el amor, el sentimiento,
La que inocentes lágrimas derrama.

Pasa veloz, ¡oh, cuadro! de mi mente!
Con tus bellos encantos y poesía,
Que ya veo en mi yerta fantasía
Otro grupo bellísimo, inocente.

Es la niñez alegre y bulliciosa,
Con sus juegos y plácida sonrisa,
Mas pura que el suspiro de la brisa,
Entreabriendo el capullo de la rosa.

En esa edad, el corazon palpita
Con sus sencillas, suáves ilusiones,
Sin conocer aún, de las pasiones,
El fuego abrasador que le marchita.

Mas, ahí viene el tropel
De la juventud florida,
Entre ilusiones perdida,
Entre delírios de amor;
Llena de nobles pasiones,
Todavia el alma pura,
Corre á buscar la ventura
En un mundo corruptor.

Con un fantasma en la mente
Que llaman felicidad,
El jóven con ansiedad
Sueña que le va á encontrar.
Incauto se precipita
Siempre tras una ilusion,
Palpitante el corazon
En un contínuo soñar.

¡Pobre jóven! sueña, sueña,
Mientras que puedes soñar;
Que ya te irá á despertar
Algun agúdo dolor.
Sueña, mientras puedas creer
Que cada hombre es un hermano:
Que toma tu franca mano
Con dulce, fraterno amor.

Sueña, que es la edad feliz
De creer con ferviente ardor,
Que en algun ideal amor
Está la felicidad.
Antes que venga el engaño,
La falsedad, la traicion,
A destrozar tu ilusion
Con la triste realidad.

Porque, en el mundo
Todo es mentira,
Todo respira
Perversidad.
Y tú, no sábes,
¡Pobre inocente!
Que entre la gente
De sociedad,
Todo es palabras,
Todo ficciones,
Adulaciones,
Urbanidad:

Todo es comedia
El social trato,
Todo aparato,
Nada verdad.
Unos engañan
Por interés,
Otros tal vez
Por diversion;
Representando
Falso papel,
¿Podrá ser fiel
Un corazon?
De las pasiones
Viles, sin nombre,
Juguete el hombre
Viene á perder,
El brillo dulce
De la razon,
Y el corazon
A corromper.
El falso orgullo,
La negra envidia
Y la perfidia,
Van á empañar,
La bella esencia
Del alma pura,
Que en sombra oscura
Se vé tornar.
Y la ambicion,
Y la venganza,
Que nada alcanza
Nunca á saciar:
Hórridas fieras,
Que sed mantienen,
Y al hombre vienen
A devorar.

Este es el mundo halagüeño,
Jóven donde vas á entrar,
Con tu divino soñar
Y tu tierno corazon.
¡Infeliz! pones la planta
Lleno de noble pureza,
En un caos de vileza,
De crímen, de maldicion.

Y tus bellas ilusiones
Allí van á sucumbir,
Cuando empieces á sentir
Los golpes de la traicion;
Que, á veces al sábio enseña
La dolorosa esperiencia,
La dura y amarga ciencia,
La saludable leccion.

Para cruzar el camino
Borrascoso de la vida,
Cual pobre nave perdida,
Sin velámen, sin timon....
.....
.....
.....
.....
Pero, pasa juventud,
Con tu ruidosa alegria,
Que, temblando el alma mia,
Divisa un cuadro de horror.
¡Ahí las víctimas vienen
De los vícios detestables,
Entre harapos miserables,
Entre el llanto y el dolor!

Viene el ébrio blasfemando
Con su semblante asqueroso,
Sintiendo el gas espantoso
Y pidiendo mas licor,

Y el asesino, con fiera,
Torva mirada, infernal,
Clava el sangriento puñal
En su hermano, con furor.

Viene ahí la esposa infame,
Cruel, hollando con el pié,
La eterna, sagrada fé,
Que jurára en el altar.
Viene la madre maldita,
Con el crímen en la frente,
Que al infeliz inocente
Al Limbo acaba de echar.

Viene la mujer perdida,
Sacrificándole al oro
Su hermosura, su decoro,
Su corazon, su virtud.
Sin pensar que, en la vejez,
Llegará el remordimiento,
Hambre, enfermedad, tormento!...
Y despues, el atahúd!

Viene el jugador, botando
De sus padres el haber,
O de la infeliz mujer
Que por esposa tomó;
El brutal enamorado,
Sin honor y sin conciencia,
Pervirtiendo la inocencia,
Que sin piedad engañó.

Buscando á quien despojar,
El ladron y el usurero,
Por interés del dinero,
Mil delitos cometiendo.
En fin, veo al perezoso,
Con el rostro macilento,

Un miserable alimento,
De puerta en puerta pidiendo.

Pasa, vision espantosa,
Que mi alma está amedrentada:
Quiero volver la mirada
A la bondad y honradez;
Y contemplar con delicia,
Del hombre justo y virtuoso
El apacible reposo,
La venerable vejez.

¡Ahí se acerca un hombre respetable,
Cuya benigna mano se há ocupado,
En enjugar el llanto al miserable,
Y el bien y siempre el bien há practicado!

Su mirar dulce, su sonreir afable,
Grato consuelo presta al desvalido,
Y disfruta la calma inalterable,
Del hombre, que á sí mismo se há vencido.

Semejante al hermoso astro del dia,
Lentamente á su ocaso vá llegando:
La muerte viene ya, la tumba fria,
Su despojo terrestre está esperando.

Pero, tranquilo, con serena calma,
Vé acercarse el fatídico momento:
La muerte espera sin angústia su alma,
Sin amargura, sin remordimiento.

Y este es el mundo, que en mi triste mente
Contemplar quise, y vi con sentimiento,
Falsos placeres, sueños solamente,
Pasiones, vícios, lágrimas, tormento.

¿En dónde existe, pues, la ideal ventura?
¿Dónde no hay penas, ni dolor profundo?
En lo interior de la conciencia pura,
Que no há manchado el lodazal del mundo.

A MI SOBRINO

JOSE SALVADOR DE LA C.

EN EL DIA DE SU NATALICIO.

PARA cantar de tu natal el dia,
¿Quién me diera del ánjel la dulzura.
De las madres la célica ternura
Y de todos los bardos la poesía?

¿Quién me diera el favor de la fortuna.
Para colmarte de delicias, tantas,
Que jamás padecieras pena alguna
Y poner mil delícias á tus plantas?

Porque, yo te amo desde que eras niño.
Cuando tu madre, moribunda estaba,
Tu candorosa frente acariciaba,
Límpida, como el blanco del armiño.

Ahora, en tu bella juventud florida,
Levanto al cielo mi plegaria ardiente,
Implorando del Dios Omnipotente,
De gracias llene tu preciosa vida:

Que donde pases, solo encuentres flores,
Grata sonrisa, placentera calma,
Y nunca vengan á turbar de tu alma
La dulce paz, los negros sinsabores!

A MI HERMANA VICENTA, EN SUS DIAS.

PRENDA preciosa de mi madre amada
Que allá en tu infancia te arrullé en mis brazos
¡Al verte de congojas circundada
Mi pobre corazon se hace pedazos!
Porque es tu vida un cáliz de amargura,
Un dia sin fragancias y sin luz,
Enchida de contínua desventura
Cargando llevas, tu pesada cruz.
Y atraviesas el áspero calvario
Sin hallar una flor en tu camino
Solo dolores, llanto funerario,
Amarga hiel y penetrante espino.
¿Pero que importa padecer Vicenta
Angustia cruel fatídico quebranto
Si un ánjel del Señor tus pasos cuenta
Y recoje las gotas de tu llanto?
Y tomando en tus sienes las medidas
Una rejia corona va tejiendo,
Tus lágrimas en joyas convertidas
Y el bello querubin dice sonriendo.
Tú padeces porque eres escojida
Animo, que tú patria esta en el cielo,
Donde tendras delicias sin medida . . . . .
Dijo, y cruzo el espacio en raudo vuelo.
El ánjel que te guarda vida mia,
El Paraiso te enseña en lontananza;
Animo pobre mártir, que algun dia,
Te colmara, el Señor de venturanza.
En tanto por doquiera yo te sigo
Como la madre á su querido niño;
Mientras exista viviré con tigo,
Porque grande es, mi fraternal cariño.

A LA INSPIRADA POETISA

Sra. Doña Carmen P. de Silva,

[illegible] graciosa poeta

¡Quién eres jenio hermoso que cantas mis dolores
Con célica ternura, con dulce inspiracion?
¿Quién eres que comprendes mis negros sinsabores?
¡Hay! y del alma mia la cruel desolacion.
Comprendes que mi vida es un martirio lento
Un cáliz de amargura, un grito de dolor,
Que vivo en la tristeza henchida de tormento
Sin ver en mi camino ni siquiera una flor.
Sufriendo mil congojas sin tregua ni descanso
Cargada con el peso de cruel ancianidad,
Por escarpada senda con paso tardo avanzo
Llorando de fatiga á la honda eternidad.
Pero entre los suspiros de mi alma atribulada
De tu brillante lira las notas escuché;
Oí que me decias: ¡no temas desdichada
Atraviesa el decierto sin bambolear tu pié!
Y como el ánjel bello de la dulce esperanza
Poetisa encantadora, te dirijes á mí,
Sonriendo me señalas un cielo en lontananza,
Y cantas, ese cielo tambien es para tí.
Ven, pues, á consolarme, yo quiero ser tu amiga;
Cantar de tu alma pura la bella inspiracion
Y con tu dulce acento que calmes mi fatiga,
Y serás de mi vida la poética ilusion.

UN RECUERDO

SONETO.

Bello, caro recuerdo delicioso,
Aun te presentas, lleno de alegría,
Dulce, como la plácida armonía
De algun sonido tierno y melodioso.
En mi mente refleja venturoso
El tiempo grato de la infancia mia,
Cuando yo era feliz! y sonreia
Con el reir de los niños tan dichoso.
¿Mas donde estás, feliz edad primera,
Inocente existencia sin dolores,
Cuando un hermoso porvenir se espera,
De espléndidos y májicos colores?
Pasaste, como un sueño afortunado,
¡Y solo tu memoria me ha quedado!

LA VISION

Pasas, dulce vision,
Encantadora y bella
Cual fúljida centella
De fuego abrasador:
Pasas, y aquí en mi mente
Queda tu imájen pura,
Radiosa de hermosura,
De inspiracion, de amor.

Pasas como el meteoro
Esplendido y divino,
Cual jénio peregrino,
Criador de la ilusion,

¿Serás el sueño grato
Que arrulla el alma mia?
¿Serás la simpatía,
Que endulza el corazon?

¿Serás acaso el ánjel
De las tempranas flores,
De los castos amores
De la felicidad,
Que pasas á dejarme
Un encanto risueño,
Un recuerdo halagüeño,
De tí, en mi soledad?

Un pensamiento dulce,
Una idea agradable,
Un placer inefable,
Sublime sin igual?
Pero ¿quién eres tú,
Que, sin saber por qué
Al verte yo no sé
Que siento de inmortal.

Ni eres amante mio,
Ni eres mi amigo amado
Ni mi padre adorado,
Ni mi hermano querido;
¿Por qué, pues, tu mirada
Brilla dentro de mí?
¿Por qué pienso yo en tí?
¿Y por qué no te olvido?

Y tienes tu morada
Aquí, en mi fantasía,
Y toda el alma mia
Te rinde adoracion,
Contigo el pesar huye,
Y viene la alegria:

¿Serás, pues, la poesia,
La bella inspiracion?

Enigma incomprensible,
Angel, hombre ó muger,
¿Quién te dió ese poder
Sobre mi corazon?
Yo no te quiero amar,
Y suspiro por tí,
¿Cómo te llamas, dí?
¿Serás confrontacion?

Dicen que así te llamas,
Y que eres muy temible,
Que al corazon sensible
Atas ¡Dura prision!
¡Ah! Yo temo tus lazos,
No mas te quiero ver,
Pues libre quiero ser
¡Engañosa vision!

A LA RUINA DE SAN SALVADOR.

Musa de la tristeza y del quebranto
Ven con todos tus ecos moribundos,
Tiende tus negras alas trae el llanto
Y los ayes profundos.
De funesto cipres la sien ceñida,
Ven á mojar mi pluma en amargura,
Para pintar de una ciudad perdida
La triste desventura.
Era la noche: el virjinal semblante
De la luna, brillaba en el Oriente,

El silencio reinaba en ese instante,
Y dormia el ambiente.
El terremoto estaba encadenado,
Quizá esperando una señal terrible,
Y el pecador vivia descuidado
Entre el crímen horrible.
Sin recordar que hay una eternidad
Y que hay un Ser Supremo, Omnipotente,
Que sabe castigar la iniquidad
Y perdona clemente.
Cuando el Arcánjel esterminador
Fijó en la tierra su mirar divino,
Tremendo entónces se movió el temblor,
Y bramó el torbellino.

Un ruido sordo y cruel sacudimiento
Vino á turbar el sueño delicioso,
De la ciudad se estremeció el cimiento,
Y se azotaba el huracan furioso.
Los edificios todos desplomados
Cayeron en pedazos convertidos,
Y los hombres corrian espantados
Dando gritos agudos, doloridos.
La madre que sacára al tierno infante
En sus brazos, llorando le estrechaba;
Y el hermano, la esposa y el amante
A su familia entre el pavor llamaba.
El tierno padre por salvar su esposa,
Y por los hijos de su casto amor,
Vuelve á las ruinas con la faz llorosa,
A perecer con ínclito valor.
Y por el denso polvo sofocados
Agua pedian todos por piedad:
¡Agua, por Dios! decian asfixiados,
Y ni una gota había en la ciudad.
Secas las fauces, por la sed ardiente
La multitud apénas respiraba,
Y entre el tropel confuso de la gente
Sus víctimas la muerte señalaba!

La muerte, con su mano descarnada,
Fiera, implacable, la segur blandia.
Y con lúgubre risa y vista airada
El miserable pueblo recorria.

Aquí en las tristes ruinas se escuchaba
El último suspiro de agonía:
Allá talvez un hombre blasfemaba,
Y otro, misericordia á Dios pedia.

Aquí jimiendo de mortal congoja,
Y entre el dolor, la angustia y el tormento,
La jóven inocente se sonroja,
Y al ver su desnudez huye al momento.

¿Mas donde huir, si todo es confusion,
Todo lamentos, todo desconsuelo?
Escombros, muerte, horror, tribulacion!
Lágrimas, ayes, amargura y duelo!

El inocente niño desmayado,
El anciano decrépito abatido,
El justo moribundo resignado
Y el incrédulo absorto, arrepentido.

Los helados sepulcros se entreabrieron,
Y los muertos que estaban ya olvidados,
Al mandato de Dios aparecieron;
Y los vivos quedaron sepultados.

¡Misericordia! el pueblo desdichado,
¡Misericordia!, al Redentor pedia;
Y ese clamor contrito y humillado
Al Gran Jehobá le presentó Maria.

Y al ruego de la reina inmaculada
El Padre Celestial se conmovió,
Y volviendo á la tierra su mirada,
El severo castigo suspendió.

Cesó el temblor, y el huracan furioso
En fresca y pura brisa se tornó,
Pasó la noche cruel y el sol hermoso
En el siguiente dia al fin brilló.

Mas ¡ay que ese astro radiante,
Que al perderse en occidente
Su bella luz refuljente
Una ciudad alumbró;
Al asomar otra vez
Majestuoso en el oriente,
Tristes ruinas solamente
Y escombros solo encontró.

Y de la ciudad preciosa,
Que al presente ya no existe,
Sola la memoria triste
En el corazon quedó.
Y el viajero esclamará
Con acento de dolor:
"¡Aquí fué San Salvador!
"Aquí fué donde existió!"

Así se pierde en el mundo
La riqueza y el poder:
Así se torna el placer
En sufrimiento voraz;
Pues los bienes de la vida
Polvo son, que al polvo vuelven,
Y se pierden, se disuelven,
Cual una sombra fugaz.

Eras ayer, ciudad desventurada,
Un eden de delicias y de amores:
Hoy, dentro el frio polvo sepultada,
Eres panteon de fúnebres horrores!

Y por la mano del Señor destruida,
En la posteridad será tu nombre
Un funesto sarcasmo de la vida,
Una leccion terrible para el hombre!

Tus infelices hijos desdichados
Errantes ya, sin patria y sin hogares,

Andan pidiendo asilo infortunados,
Víctimas de la angustia y los pesares.

Proscrito yá, desde su infancia el niño,
Huérfano, desvalido, suspirando,
En vano busca el maternal cariño,
Sus tiernas manecitas levantando.

La pobre viuda, que perdió á su esposo,
Como insensata en su feroz tormento,
Le llama á gritos, sin hallar reposo,
Y el llanto y la amargura es su alimento.

El triste anciano, con su voz temblante,
Presa de la miséria y desconsuelo,
Con el dolor pintado en el semblante,
Sus ya cansados ojos vuelve al cielo.

¡Excelso Dios, que allá en vuestros arcanos,
Mover quisistes el temblor furioso,
Enjuguen ya vuestras piadosas manos,
De nuestro pueblo el llanto doloroso!

¡Vuestra sagrada voluntad, suprema,
Cúmplase ya, potente, Dios divino!
Levantad, Padre tierno, el anatema,
Y quedaráse quieto el torbellino.

El pecador contrito, y humillado,
En tu augusta presencia, reverente,
Con lágrimas lavando su pecado
Volverá á vuestra gracia, Dios clemente.

AL INSPIRADO POETA
SR. DON FELIPE SILVA,

EN CONTESTACION A SU PRECIOSA POESÍA.

¿Quieres, bardo, que cante la existencia
Del sacrosanto Dios de la hermosura,
La deslumbrante gloria que fulgura
Allá entre su eternal magnificencia?

¿Que cante de los niños la inocencia,
Y de las flores la fragancia pura;
De los bosques la poética frescura,
Y del éter la bella trasparencia?

¿Cómo cantar, si seca en mi garganta,
Está mi voz, por el voraz tormento;
Y las espinas crecen á mi planta,
Y sus heridas penetrantes siento?
Por eso entre mi fúnebre quebranto,
Te dedico una gota de mi llanto.

A LA SEÑORA
Dña. Guadalupe de Saravia,

EN LA MUERTE DE SUS CUATRO HIJAS.

¿Qué buscas en el triste cementerio,
Bella matrona, en hora silenciosa,
Y envuelta entre las sombras del misterio
Una oracion levantas, fervorosa?

Entre las tumbas gimes solitaria,
Transida de dolor y de quebranto,
Y besando la cripta funeraria,
¡Cuatro sepulcros riegas con tu llanto!

Y llámas á las hijas de tu vida,
En la mansion funesta de la muerte;
¡Y solo encuentras, madre bendecida,
Cadáveres, no mas, y polvo inerte!

No las búsques allí, levanta al cielo,
Jóven virtuosa, tu mirada tierna:
Los ángeles no habitan en el suelo,
Es su morada la mansion eterna.

Por eso varios querubines bellos,
De blancas álas, célica hermosura,
Azúles ojos, de oro los cabellos,
Gratas sonrisas y mirada pura;

Las almas de tus hijas se llevaron
Al coro de los niños inocentes,
Y ante el trono de Dios las presentaron
Doblando la rodilla, reverentes.

Mas allá de ese bello firmamento,
De luceros magníficos regado,
Que á la voz del Señor, en un momento,
De la profunda nada fué sacado.

Mas allá de esos mundos sostenidos
Con solo su palabra omnipotente,
Que de fúlgida lumbre revestidos,
Jiran en el vacio eternamente,

Escuchan las melífluas consonancias
De mil orquestas al compás sonoro,

Y aspiran del Empírio las fragancias,
Entre el sonido de las harpas de oro.

Y en ese mar inmenso de delícias,
Sin término, sin nombre, sin medidas,
¡De todo un Dios reciben las carícias,
Siempre y por siempre de ventura henchidas!

EN LA TUMBA DE MI PADRE.

El triste rayo de la luna alumbra,
Es de la noche la hora silenciosa,
Y sobre el mármol de tu fria loza,
¡Corre mi llanto, funeraria tumba!

Porque en tu seno tenebroso, helado,
El sempiterno sueño de la muerte,
Durmiendo está y para siempre, inerte!
Mi tierno padre, bondadoso, amado.

¡Ay! ya no veo su sonrisa afable,
No escucho de su acento la dulzura:
Ni la sublime, paternal ternura
Reflejando en su rostro venerable.

Cuando iba á saludarle, cada dia,
Una ardiente plegaria murmuraba;
Y su tierna mirada en mí fijaba
Y con inmenso amor me bendecia.

Pero ¡ay! no existes ya, padre amoroso,
Y tu alma bella se escondió en el cielo;
Solo me queda el funerario duelo,
Triste horfandad y llanto doloroso.

Por donde paso, hiérese mi planta
Con las espinas que hallo en mi camino,

Víctima siempre del fatal destino,
Cargando el peso de desdicha tanta:

Cual negra sombra del panteon salida,
¡Yo llevo siempre el corazon rasgado,
Y de tormentos crueles, circundado:
Es la amargura, mi doliente vida?

LAS LAGRIMAS.

Hay lágrimas comprimidas,
Que en el corazon cayendo,
Son gotas de lava ardiendo,
Que en el silencio vertidas,
Tras una risa escondidas,
Con fatídica inclemencia,
Hieren con dura violencia!
Y sin que lo sienta el mundo,
Matan de dolor profundo,
Y destruyen la existencia.

EL TIEMPO.

Tiempo, que inclemente talas,
La juventud, la belleza,
La alegria, la riqueza,
Y de la naturaleza,
Las mas esplendentes galas;

Y en tu furiosa corriente,
Arrebatas las pasiones,
Los imperios, las naciones,
Y las bellas ilusiones
De la niñez inocente:

Tú, que al peso de tu planta,
Marchitas la edad primera,
Blanqueas la cabellera;
Y á la jóven hechicera
Doblas la gentil garganta....

Tú, que apagarás un dia,
Con tus pasos destructores,
De ese sol los resplandores:
Vuela, ¡ó tiempo! y los dolores,
Llévate, del alma mia.

LA CREACION DEL UNIVERSO.

Allá, en su excelsa eternidad estaba
Solo el Señor, gozándose en sí mismo,
Y de la nada el insondable abismo,
Con infinita compasion miraba.

Y su Divina Magestad, sagrada,
En su Consejo soberano, piensa
¡Sacar la espléndida creacion inmensa,
De aquella misma, miserable nada!

"¡Hágase!" dijo el Dios de la grandeza:
¡Tembló la nada á su palabra santa!
¡Tendiéronse los cielos á su planta,
Los angeles bajaron la cabeza!

"¡Gloria al Señor!" primera vez cantaron
Mil ejércitos de ángeles, mas bellos,
Que del sol los magníficos destellos,
Y á los pies del Eterno se postraron.

Mas, ¡ay! que entre esos ángeles hermosos,
Muchos que por soberbios se perdieron,
¡Mas veloces que el rayo descendieron,
Del cielo á los infiernos espantosos!

En tanto, que los vastos elementos,
Se formaron tambien, en el instante;
Se derramó la bella luz radiante,
Y comenzaron á silbar los vientos.

"¡Hágase!" dijo el Dios del Poderío,
Y el estupendo firmamento creando,
Las cristalinas aguas, apartando,
Puso una gran porcion en el vacío.

Y sacudiéndo su profundo seno,
Brotó la nada el rayo y las centellas.
¡Y en las entrañas de las nubes bellas,
Sonó el terrible, fulminante trueno!

"¡Hágase!" dijo el Todopoderoso:
Las aguas de los mares se juntaron,
Sus encrespadas olas levantaron,
¡Y resonó el retumbo estrepitoso!

Las plantas, de la tierra aparecieron,
Los rios y las fuentes circularon,
Y los sombríos bosques se formaron,
Y los campos de flores se vistieron.

"¡Hágase!" dijo el Dios Omnipotente:
Y brillaron la luna y los luceros,
Y el sol, con sus ardientes reverberos
Majestuoso asomó por el Oriente!

De la noche las sombras tenebrosas,
Se apartaron del bello, claro dia:
Se crió el calor, la blanca nieve fria,
Y las cuatro estaciones asombrosas.

"¡Hágase!" dijo el Dios de los portentos:
Conmovidos los mares, retumbaron,
Los peces en el acto se formaron,
Guardando los divinos mandamientos.

Y se escuchó la dulce melodia
Con que las aves, por la vez primera,
Cantaban en el bosque y la pradera,
La rutilante luz del claro dia.

"¡Hágase!" dijo Dios: y hechos fueron,
Los reptiles y béstias de la tierra,
Y cuanta maravilla el mundo encierra,
A la voz del Señor, ¡todas se hicieron!

Estando el Universo ya concluido,
Mirándole el Creador, se complacía;
Pero, faltaba un rey á quien quería
Favorecer, como á hijo muy querido.

Y el Hacedor de maravillas tantas,
Sin oríjen, sin fin, de gloria lleno,
El Dios de las borrascas y del trueno,
Que la honda eternidad tiene á sus plantas....

Y ante el acatamiento Soberano
De su Divinidad Omnipotente,
Es el vasto Universo, solamente,
Un pequeño juguete de su mano....

El Señor de la Bienaventuranza,
De Majestad inmensa revestido,
Dice: "hagamos al hombre" conmovido,
"A nuestra imájen misma y semejanza."

Y ese Dios, de la gran magnificencia,
A un puñado de polvo dá figura,
Le infunde con su aliento el alma pura,
Y el bello Adan se postra en su presencia.

¡Gloria eterna al Señor de las criaturas!
Cantó Adan, asombrado, enternecido,
Y el Universo entero, estremecido,
Repite: "¡Gloria al Dios de las Alturas!"

No contento el Señor con criar al hombre,
Y regalarle la Creacion entera,
Le dió esposa, ¡oh, dolor! fué la primera
Que cometió la iniquidad sin nombre!

Ella arrastra á su esposo en el delito.
Cayó Adan, ¡oh, desgracia lamentable,
Que atrajo la justicia formidable
Del Altísimo Juez, Santo y bendito!

Del bello Paraíso que habitaban,
Cual dos ángeles llenos de hermosura,
Y en un mar de delícias y ventura,
La gracia del Señor, en paz gozaban.

De ese jardin bellísimo de flores,
Adan y Eva salieron al momento,
¡A este valle de llanto y de tormento,
De amargura, suspiros y dolores!

LA POBREZA.

POBREZA, berdugo eres,
Que á la tumba me encaminas
Y me circundas de espinas,
Y me destruyes, me hieres.

Cruz, que me haces espirar
Bajo tu peso terrible,
Agonia indefinible,
¡Lento suplício, sin par!

Por tí se baja la frente
Dó quier, pidiendo favor,
Y del desprecio, el dolor,
Por tí, en silencio se siente!

Por tí, me insultan y afrentan,
Sin piedad, mis acredores,
Y sufro mil sinsabores
Cuando á cobrar se presentan.

¡Cuán dura cosa es deber,
Cuando no hay con qué pagar,
Ni qué vender ó empeñar,
¡Dios mio!, ni qué comer!

¡Oh, triste pan de quebranto!
Mísero, escaso alimento,
Impregnado de tormento
Y regado con mi llanto.

¡Cuántas veces se resiste
A pasarte, mi garganta;
Porque, es tu amargura tanta,
Que todo el sabor perdiste!

¿De qué me sirves, poesía,
En mi lamentable suerte,
Si eres cántico de muerte,
Triste grito de agonia?

¡Pobreza!, martírio cruel,
Eres contínua tortura,
Y copa de desventura,
Llena de acibar y hiel.

Mas, ¿de qué me quejo yo,
Lamentando tus rigores,
Si el Gran Varon de dolores,
El mismo Dios te sufrió?

Delante vá con la Cruz,
El Nazareno Divino,
Enseñándome el camino
De la verdad y la luz.

Los cuervos y las raposas,
Tienen sus cuevas, decía;
Pero el Hijo de María,
En sus horas dolorosas:

No habrá donde reclinar
Su ensangrentada cabeza,
Ni una gota, en su pobreza,
De agua para el paladar!

¡Perdon, Redentor amable,
No mireis mi desvario!
Pues si me quejo es, Dios mio,
Porque soy muy miserable.

Dadme aquella fortaleza
Que dais á los escojidos,
Y enmedio de mis jemidos,
¡Bendeciré la pobreza!

EL DILUVIO UNIVERSAL.

CERCA de cuatro mil años
Hace, que la tierra era,
Una inmunda madriguera
De crímenes y de engaños.
En la pobre juventud,
Tanta corrupcion habia,
Que ya no se conocia,
Ni el nombre de la virtud.

En tanta degradacion,
Se habia tornado el hombre,
En una béstia sin nombre,
De impúdica corrupcion.

En un animal feroz,
Entre la materia hundido,
Del todo habia perdido
Hasta la idea de Dios.

Solo una familia habia,
Que no estaba contajiada,
Ni en el vício encenegada,
Y al Eterno Dios temia.

Eran Noé y su descendencia,
Que la ley de Dios amaban
Y sus preceptos guardaban
Con pura y límpia conciencia.

El justo Noé, predicaba;
Pero se burlaban de él,
Con duro sarcasmo cruel,
Cuando el Dilúvio anunciaba.

Y el Eterno le mandó
Que su familia guardára,
Y en el arca la encerrára,
Y el Patriarca obedeció

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

El dia del castigo se acercaba,
Y ante el exelso trono, refulgente,
Del Altísimo Dios, Omnipotente,
Una brillante orquesta resonaba.

Mil ejércitos de ángeles cantaban
¡Gloria al Señor y bendicion! decian,
¡Gloria al Señor! á repetir volvian
Y plegando las alas se inclinaban.

Un Arcángel de rostro peregrino
Y mas bello que el Sol en el Oriente,
Prosternado escuchaba reverente
El mandato del grande Dios divino.

Dandole un cáliz de color brillante,
El Altísimo dijo: "Anda á la tierra
" Y del arca de Noé la puerta sierra
" Y derrama este cáliz al instante."

El ministro de Dios bajó la frente
Tendió las alas, descendió del Cielo,
Selló el arca, subiendo en raudo vuelo,
Fué á pararse en la Luna refuljente.

Y al derramar el cáliz que tenia,
Solo una gota del divino enojo,
¡El Sol se revistió de un tinte rojo
Y la Luna entre sombras se cubria!

El borrascoso mar se bamboleaba
Al tremebundo choque de los vientos,
Y temblaron los vastos elementos
Y la espantosa tempestad tronaba!

Esas brillantes y doradas nubes
Que bordan el estenso firmamento,
Blandamente mecidas por el viento
Y sirven de escabel á los Querubes.

El rosado celaje trasparente
Que anuncia de la aurora la sonrisa,
Cuando allá en lontananza se divisa
Y tan bella aparece en el Oriente.

Esas nubes mas blancas que la nieve
Otras pardas, y negras, y aplomadas,
Que allá en el Horizonte aglomeradas
El impulso del viento no las mueve.

¡Ay! todas esas nubes se tornaron
En una inmensa sabana sombria,
¡Que el mundo entre sus pliegues envolvia
Y los astros del Cielo se ocultaron!

Sus grandes cataratas se rompieron
Y entre el fragor de un ruido estrepitoso
Resonaba el retumbo borrascoso
¡Y millares de rayos descendieron!

¡Hay un Dios justiciero predicaba
El espantoso trueno reventando,
Y el brillante relámpago cerpeando
¡Gloria al Dios poderoso contestaba!

Se rasgaron las fuentes del abismo
Y saltaron los mares sus barreras,
Inundando los bosques, las praderas
Con rapidez, en el momento mismo.

Los arboles robustos se tronchaban
Del huracán al remeson tremendo;
Solo los hombres criminales, riendo,
A los nefandos vicios se entregaban.

¡Y llovia á torrentes! y las fieras
Temblaban de pavor estremecidas,
Huyendo de los montes y guaridas
Y rujian de miedo las panteras.

¡Y llovia y llovia á toda hora!
Sin que el Sol alumbrara ni un momento,
Sin que hubiera en el negro firmamento
Ni un destello de lumbre bienhechora.

Y seguia lloviendo noche y dia,
Y cruzaban los rayos fulminantes,
¡Y las aguas subian por instantes
Y comenzó la angustia y la agonía!

Las mujereres, los niños, los ancianos,
Y cuantos habitantes existian;
A los montes mas altos ascendian
¡Mas todos sus esfuerzos eran vanos!

¡Ay! y entre los gritos de las jentes,
Y el fragor de las negras tempestades,
¡Las Aldeas, los pueblos, las Ciudades,
Desparecieron bajo las crecientes!

Millares de millares perecian,
Y entre los desgraciados que quedaban,
¡Moribundos á el arca se acercaban
Recíbenos buen Noé, abre! decian.

Pero el justo debia obedecer
El mandato del Dios de la grandeza;
¡Y miraba llorando de tristeza,
A todos sus hermanos perecer.

¡Tribulacion como jamas se viera!
Entre los gritos de dolor profundo,
¡Se convertia el anchuroso mundo,
En un mar espantoso, sin ribera!

Los ángeles subian y bajaban
Recojiendo en sus alas trasparentes,
Las almas de los niños inocentes
Que en el ceno de Abraham dspositaban.

¡Y solo se escuchaba resonar
Del espantoso rayo el estampido!
¡De los vientos el hórrido bramido,
Y los retumbos del hirviente mar!

Tremendo cataclismo que arrazaba
Con todos los vivientes de la tierra,
Y solo la familia que se encierra
En el arca de Noé se prescervaba.

Sobre aquel mar sin playas, tremebundo
Solo vagaban los despojos yertos,
De la infinita multitud de muertos
Que antes vivian en el ancho mundo.

Y ese diluvio universal que espanta
Es un agudo grito de tristeza,
Que anuncia del eterno la grandeza,
¡Y su justicia estremecido canta!

La arca de Noé tranquila caminaba
Sobre montañas de agua resvalando,
Y en el inmenso mar que iba surcando
Un bello arcángel del Señor la guiaba.

La tierra de terror se estremecia
Envuelta entre los negros nubarrones,
Pero al fin recojiendo sus crespones
Se vió brillar la claridad del dia.

Callado estaba el rayo estrepitoso
Ya no bramaba el huracan violento,
De un polo al otro polo en el momento
Aparecióse un iris majestuoso.

Su curva colosal se levantaba
Hasta el Zenit, radiante de hermosura,
De verde y de oro, y de escarlata pura
Con la lumbre del Sol se iluminaba.

Cesó la lluvia pero no podia
El justo Noé dejar el arca Santa,
Pues ¡Ay que horror! para sentar la planta
¡De tierra un palmo ni siquiera habia!

Hasta la cumbre del mas alto monte
Cubierto estaba por un mar inmenso,
Y Noé miraba con dolor intenso
Un ancho oceano en todo el horizonte.

Un globo de agua el mundo parecia
De Sur á Norte, de poniente á Oriente;
¡En agua hundido todo ser viviente,
Inmensa tumba de cristal tenia!

Y pasaban los dias y los meses
Sin que ni el cráter de un volcan se viera,
Angustiado el patriarca en gran manera
Ofrecia al Señor ardientes preces.

Cuando sobre las plumas de los vientos
Vino un ángel de cándido semblante,
¡Bajad, dijo á las aguas al instante
En el nombre del Dios de los portentos!

Y al contacto de su ala sonrosada
Retumbaron las aguas conmovidas,
Y en aquel mar inmenso sin medidas,
Fijó el ángel su límpida mirada.

Y las aguas se fueron replegando
Cual montones de líquidos cristales,
Sus espumeantes olas colosales
Hasta las nubes iban levantando.

Súbitamente el arca se detiene
Del Mararat en la arrogante cumbre,
Era de noche, y la brillante lumbre
Del nuevo dia á iluminarla viene.

Mandó el patriarca un cuervo que observára
Si la tierra se habia ya secado,

Y el cuervo á sus instintos entregado
Jamas vino á avisar lo que mirara.

A la misma mision envió el Patriarca
Una paloma que con raudo vuelo,
Recorre el campo y tuvo el desconsuelo
De verla presto regresar á la arca.

Ni una flor ni una rama le traía
La inocente y graciosa mensajera,
Que algun alivio á su amargura diera,
Porque era cruel la pena que tenia.

Buscando á su dolor un lenitivo
Volvió á mandarla y su congoja crece,
Mas la paloma al regresar le ofrece
Un verde ramo de fragante olivo.

El Patriarca bajando la cabeza
¡Gloria al Señor, y bendicion decia!
Y toda la familia repetia
¡Gloria eterna al Señor de la grandeza!

Despues de un corto tiempo llegó el dia,
Que saltaban á tierra aquellas jentes,
Con muchos animales diferentes,
Que dentro el arca Noé, guardado habia.

Pero al ver los estragos espantosos
Del gran diluvio en todo el ancho mundo,
¡Tembló el Patriarca, de pavor profundo;
Y exhalaba jemidos dolorosos!

De la justicia del Señor divino,
¡Cayó una gota, el globo fué tornado
En campo de cadáveres regado,
Quedando solo destrucción y ruina.

¡Ay esa tierra! que tan bella era,
Perdió sus flores, su fragancia pura,
Sus habitantes todos, su hermosura,
¡Y se tornó en horrenda calavera!

Y sobre aquellos fúnebres despojos,
Hizo el Patriarca grande sacrificio,
Que recibiéndole el Señor, propicio,
Volvió á la tierra sus divinos ojos!

LA MISÉRIA.

¿De qué me sirves, mísera poesía
Si éres el grito de la desventura....
El hórrido estertor de la agonía
De una infeliz, que muere de amargura?

Ya siento que la vida se me acaba
De tanto padecer á toda hora;
Pues la miséria, como ardiente lava,
Me destruye, me hiere, me devora.

En otro tiempo, yo canté las flores,
El perfumado soplo de la brisa,
Del íris, los magníficos colores,
Y del alba la plácida sonrisa:

Las encrespadas ólas de los mares
La tempestad, el fulminante trueno,
De las áves, los poéticos cantares
Y el firmamento, de luceros lleno.

El anchuroso y azulado espacio,
El rutilante sol en el Oriente,
Con sus celajes de oro y de topacio,
Y de la luna la serena frente.

Canté la bella juventud, lozana,
Y la graciosa, inmaculada infancia,
Mas pura que la flor de la mañana,
Que en el pensil, derrama su fragancia.

Ahora, las cuerdas de mi lira, rotas,
¡Ay! solo exhalan lúgubre gemido.
¡Y de mi llanto las amargas gotas
Hacen temblar mi corazon herido!

Del infortunio entre la garra fiera,
Víctima siempre del fatal destino,
Hondo martírio encuentro por doquiera,
Negros abrojos, penetrante espino.

Mas, si quereis que la tremenda carga
De los trabajos lleve, Dios inmenso,
Hasta morir bebiendo hiel amarga:
¡Recibidla, Señor, cual puro incienso!

CÁNTICO.

¿QUIÉN es ese judío, tan jóven y elegante,
De blonda cabellera y mas bello que el sol,
Cuando allá en el Oriente aparece radiante,
Llenando el ancho espacio de espléndido arrebol?

De avellanados ojos, serena frente pura,
Boca de gracia llena, perfilada nariz,
De voz tan agradable y henchida de dulzura,
Que el que oye sus palabras, será siempre feliz.

Su barba dividida en dos risos preciosos,
Mas finos que la seda de Tiro y de Sidon:
Su rostro peregrino, sus pasos majestuosos,
Es un bello portento de suma perfeccion.

De cútis trasparente y blanco y sonrosado,
Mas terso que las hojas de las flores de Abril;
Mas, ¿quién es ese jóven de cuerpo contorneado,
Amable, compasivo, simpático y gentil?

¿De rara y nunca vista, deslumbrante belleza,
Que para retratarle, no hay pluma ni pincel?
Es el Rey de los reyes, el Dios de la grandeza,
Jesus el Nazareno, el Salvador de Israel.

Por eso donde pasa, el trueno le obedece,
Se calma la borrasca, se duerme el huracan,
Y el universo entero, de gozo se estremece,
Porque, él es el inmenso, el gran Dios de Abrahan.

El que dijo á las aguas: "Dejad lugar al hombre,
Al hombre á quien yo amo, vosotras servireis,"
Y poniendo sus diques, con un amor sin nombre,
Dijo al gran elemento: "de aqui no pasareis."

Las aguas al instante se fueron levantando
En montes colosales de perlas y cristal,
Y con fuertes retumbos en sus ólas, cantando
Del Divino Mesías el poder inmortal.

Anúncia su justicia el tenebroso infierno,
Y su misericordia la ensangrentada Cruz,
Su deslumbrante gloria el Paraíso eterno,
Y su Sabiduría la fulgurosa luz.

Si quiere, tornar puede, la creacion á la nada,
Y de la misma nada otro universo crear,
A su divina planta, su voluntad sagrada,
El terremoto espera y el furibundo mar.

La hirviente catarata y el rayo estrepitoso,
El ronco torbellino, la negra tempestad,
Allí, bajo la planta del galileo hermoso,
Tambien está la muerte y la honda eternidad.

Y cuando en su designio divino y Soberano,
Quiere que sus criaturas ya dejen de existir,
La muerte en el instante, su descarnada mano,
Por todas partes tiende buscando á quien herir.

Con pálida sonrisa, con paso silencioso,
Se acerca al Potentado su vida á arrebatar,
Sin que le valga el oro, ni el alto puesto honroso,
Para que su existencia se pueda prolongar.

Y muere el rico, el pobre y el valiente muere,
El niño y la doncella en su florida edad,
El pecador y el justo, la muerte á todos hiere,
Porque del Dios Potente, esa es la voluntad.

Tambien es compasivo, inmenso y Poderoso,
Los cielos son su trono, la tierra su escabel:
El es mi Redentor, clemente y bondadoso,
¡Oh! ¿quién me diera amarle, hasta morir por él?

Millares de Querubes le doblan la rodilla,
Su planta delicada besando con fervor:
La Majestad y gloria en su mirada brilla,
Y la ternura inmensa del grande Salvador.

Porque, Señor, quisísteis bajar del alto Empírio
Y al seno de una Vírjen venísteis á encarnar,
Nacer en un pesebre, sufrir hondo martírio
Y el árido desierto, cuando niño, cruzar.

Mas tarde, ser vendido por un amigo falso,
Azote cruel y espinas, quisísteis ¡ay! sufrir,
Cargando Cruz enorme, subísteis al cadalzo,
Regando vuestra Sangre, Dios mio, hasta morir.

Por redimir al hombre, ingrato, miserable,
Raquítico gusano que siempre os ofendió,
Y vuestro amor inmenso, sublime é inefable,
¡Ay! siempre con ofensas y ofensas os pagó.

A MI QUERIDA AMIGA

DÑA. CARMEN IZQUIERDO DE MOLINA,

en contestacion a una preciosa poesia.

ENTRE las amarguras de mi vida,
Donde solo hay espinas punzadoras,
Y de congojas y dolor henchida,
Los años pasan y las tristes horas.

Vino á arrullar mi corazon doliente
Un agradable, melodioso canto,
Y levantando mi abatida frente,
Secáronse las gotas de mi llanto.

Era la voz de un ánjel de consuelo,
De aquellos que atraviesan por el mundo
Recojiendo las lágrimas de duelo,
Con rostro amable, con amor profundo.

Ese ánjel, señalando en lontananza,
Un paraíso de fragantes flores,
Hace brillar un rayo de esperanza,
Y al instante calmaron mis dolores.

Ese ánjel, eres, dulce amiga mia,
Que cantas mi destino malhadado,
Derramando suavísima ambrosia
Sobre mi corazon despedazado.

Y en tu inspirado verso se refleja
La belleza del alma bendecida,
Cuando con tierna, lastimera queja,
Lamentas la tortura de mi vida.

LA EXISTENCIA DE DIOS.

¡Que existe Dios, me dicen las estrellas!
¡Que existe Dios, repite el estampido,
Y el corazon latiendo, conmovido,
Doquier encuentra sus radiosas huellas!

¡Y el Eterno Señor, Omnipotente,
Que en el vacío hace rodar los mundos
Y en los decretos sábios y profundos
Que forma allá en su Soberana mente!

Quiso que hubiera luz: la bella Aurora
Con sus celajes de carmin y rosa,
Cantando "existe Dios," viene radiosa,
Y los perfiles de los montes dora.

Y entre el fragante aroma de las flores
Y el cándido arrullar de la paloma,
Por el Oriente, majestuoso asoma
El Sol, con sus brillantes resplandores.

El ancho espacio con su luz llenando,
La rutilante aureola de su frente,
Al cruzar por el éter trasparente,
La existencia de Dios viene cantando.

Y al contemplar la Luna, suspendida
En la bóveda azúl del Firmamento,
Dulce como un hermoso pensamiento:
"¡Existe Dios!" exclama, confundida.

Oigo rodar el trueno en lontananza,
Dentro la nube el rayo culebrea,
Se enluta el cielo, crece la marea,
Y la terrible tempestad avanza.

Rasga la nube la centella ardiente:
"¡Que existe Dios!" en el espacio escribe
Y la plegaria del mortal recibe,
Allá, desde su trono refuljente.

El hondo mar, sus ólas encrespando,
"Hay Dios," me dice, con tremendo ruido,
Y entre los montes y el volcan erguido,
"Hay Dios," contesta el huracan, bramando.

Cual si á salirse de sus quícios fuera,
Por el temblor, la tierra conmovida,
A los mortales dice, estremecida,
"¡Existe Dios, en la celeste esfera!"

Si recojiéndose el capuz oscuro,
Cesa la llúvia, calma la tormenta,
Y de la bella luna amarillenta
Veo el reflejo cristalino y puro:

Oigo el suspiro de la mansa brisa,
Y entre el celaje de oro y de topácio,
Creo me dice desde el ancho espácio
Un Querubin "¡Hay Dios!" con dulce risa.

Desde su honda caverna el tigre exclama
"¡Existe Dios!" con hórrido bramido,
Y la blanca paloma en su jemido:
"¡Existe Dios!" arrulla entre la rama.

Y dó quier que yo vuelva la mirada,
La potencia de Dios, grande, infinita,
Con indelebles rasgos halla escrita
En la vasta Creacion, mi alma asombrada.

"Hay Dios," me dicen los risueños prados,
El árido desierto, el bosque umbrio,
Que cruza, murmurando, el ancho rio,
Al través de los ceibos elevados.

"Ay Dios," dice la gota de rocío,
Y de Mayo la límpida mañana,
La palmera meciéndose, lozana,
La fresca Primavera y seco Estío:

El delicioso aroma de las flores,
De las áves la poética armonia,
La rutilante luz del claro dia,
Y del íris los májicos colores:

El insecto que rueda por el suelo,
Tan admirablemente prodijioso,
Como el excelso curso majestuoso
Del planeta que cruza el ancho Cielo.

¡El Universo, estremecido, canta
La gloria de ese Dios, que en el momento
Quizo crear de la nada el Firmamento,
Y los Cielos tendiéronse á su planta!

Yo, mujer infeliz, grano de arena,
En la insondable inmensidad perdida:
"¡Existe Dios!" exclamo, estremecida,
Y me prosterno, de entusiasmo llena.

Soberbio, impío insecto miserable,
Atomo vil, efímero gusano,
Que correr osa tu pequeña mano,
De lo infinito el velo impenetrable:

¿En dónde estabas tú, cien años hace,
Y á dónde estarás, quizá mañana?
¡Ay, que solo eres, cual la sombra vana,
Pobre planta que muere, apénas nace!

De la Creacion, admira la belleza:
Recuerda que polvo eres, solamente,
Y ante la Majestad Omnipotente,
Bajarás, confundido, la cabeza.

EL MENDIGO.

MENDIGANDO un socorro, voy y vengo,
Está lloviendo y tengo mucho frio,
Se mojan mis harápos y no tengo
Mas, que secarlos en el cuerpo mio.

Oscuro luto viste el firmamento,
Cruza el relámpago, revienta el trueno,
Y al remesón del huracan violento
Me bamboleo, de congoja lleno.

¡Ay! y si me arrebatan las crecientes
En esta noche memorable, oscura;
¡No tengo yo, ni amigos, ni parientes
Que visiten mi triste sepultura!

Todas las puertas para mí cerradas,
Siento del hambre el vértigo terrible,
Mis mejillas en lágrimas bañadas
Por el tormento cruel, indefinible.

¡Madre tierna, que duérmes en la tumba,
Padre amado, que tanto me querias,
Vuestro recuerdo, es la luz que alumbra
En mi desdicha, las tinieblas mias!

¡Infeliz! de tortura circundado,
No hay para mí, ni un dia de ventura:
Pobre, menesteroso, desgraciado,
Es mi existencia un cáliz de amargura!

Porque, pedir limosna, es un suplicio,
Una cruz espantosa, sin medida,
El mas duro, tremendo sacrificio,
Que hace un infierno de mi triste vida.

El infeliz anciano, así decia,
En tanto que un Querúbe le miraba,
Una egréjia corona preparaba,
Y sus lágrimas tristes recojia.

LA RISA ISTERICA.

Hay una risa sin nombre,
Solo de Dios comprendida,
Risa sin placer ni vida,
Risa de negro dolor:

Funeraria, envenenada,
Mas dolorosa que el llanto;
Porque es engañoso manto
Donde se oculta el dolor.

Risa que, al salir del lábio
Para animar el semblante,
Deja una huella punzante
De amargura y sinsabor.

¡Infeliz, desventurado,
Es aquel que así se ría!
Que esa risa es de agonía,
Es de muerte, es de pavor,

Como el esfuerzo supremo
Que estremece al moribundo
Al despedirse del mundo,
Para nunca mas tornar,

Dilatada la pupila,
Rie con indiferencia,
Despreciando la existencia
Que por siempre va á dejar.

Así es la risa funesta
De un corazon desdichado,
Por un dolor, desgarrado,
Que no se puede arrancar.

Lleva la muerte con sigo,
Y rie sin esperanza;
Porque, nada, nada alcanza
Su martírio á disipar.

EL AMOR VERDADERO.

¿Comprendes tú, del nardo el suave aroma,
Y de la luz el bello resplandor:
El cándido arrullar de la paloma,
Y el sereno rocío de la flor?

Hay un afecto, pues, del alma, aroma,
Del corazon celeste resplandor,
Tierno, como el cantar de la paloma,
Y casto, como el ánjel del pudor.

Ese afecto sagrado, es inocente,
Como el reir de los niños en la cuna:
Puro, como la lumbre refuljente
De la apacible, silenciosa Luna.

Es el eco de un alma, que en otra alma,
Su dulce vibracion hace sonar;
Y sin perder el corazon la calma
Siente un fuego, que alumbra sin quemar:

Es una llama fúljida y hermosa,
Del mismo Dios, divina emanacion,
Que se levanta al cielo, majestuosa,
Sin ajitarse en mundanal pasion:

Es la eléctrica chispa inmaterial,
Que hermoséa la mísera existencia;
El espíritu noble é inmortal,
Del corazon, en fin, la bella esencia.

La buena fé es su trono delicioso,
Su rica peana, la fidelidad,
El corazon, su templo misterioso,
Y su lenguaje puro, la verdad.

Es la sublime, dulce melodía
De dos voces que forman un acento:
Es la música suave, la armonía
De dos almas y un solo pensamiento.

Vive un ser, del recuerdo de otro ser,
En la mente está fija su morada.
Sin hablarse, se saben comprender:
Su indefinible idioma es la mirada.

Ese afecto es la gota cristalina
De la suprema, ideal felicidad,
Que el gran Jehová, por su bondad divina,
Al hombre envía de la eternidad.

Cuando crió á Adan lleno de fuerza activa,
Y dióle el mundo en la creacion entera,
Crió la mujer, no para ser cautiva,
Sino del hombre, tierna compañera.

Ser el apoyo amable, el protector
De la mujer, es la mision del hombre;
Y ésta, el jénio de paz y de candor,
La santa aureola debe ser del nombre.

Comprende, pues, el verdadero amor,
Que han profanado todos los mortales,
Que quieren dar un nombre encantador
A las pasiones viles y brutales.

LA ORACION DEL HUERTO.

Bello fanal de luz, tu blanco rayo,
Melancólico y triste se desliza,
Sobre la flor que duerme sobre el tallo,
Y se colúmpia al soplo de la brisa.

Rodando en el espacio, majestuoso,
Anúncias la grandeza del Eterno,
Y tu pálida frente, luminosa,
Inspira sentimiento dulce y tierno.

Así brillabas, Luna, en el Oriente,
Cuando un jóven de rostro peregrino,
Gallardo cuerpo, inmaculada frente,
Blondos cabellos y mirar divino:

Mas puro que los ánjeles del Cielo
Y mas bello que el Sol en el Ocaso,
Se encaminaba, triste y sin consuelo,
A un solitario huerto, paso á paso.

Su voz era dulcísima, y mas suave
Que las melíflnas arpas de Judéa:
Meditabundo, compasivo y grave,
Su sacrificio consumar deséa.

La caridad, con toda su hermosura,
El grande poderío y la clemencia
Se reflejaba en su mírada pura,
Al par que de los niños la inocencia.

Varios hombres le hacian compañia,
Mas al profundo sueño se rindieron:
"Orad, velad con migo," les decia;
Pero, velar una hora, no pudieron.

Mas, ¿quién era ese bello Nazareno,
Que á la borrasca, enmudecer mandaba,
Y suspendia el fulminante trueno
Y el terribie Aquilon se sosegaba?

¿Quién era, que paseaba majestuoso
Sobre las aguas del inmenso Océano,
Y callaba el retumbo estrepitoso
A una señal de su potente mano?

A los muertos mandaba levantarse
Y los muertos volvian á la vida:
Al instante sentian animarse,
¡Y la tumba temblaba, conmovida!

Para besar su planta delicada,
Las flores se inclinaban blandamente,
Y flotaba su túnica sagrada,
Al perfumado soplo del ambiente.

Al entrar en el huerto silencioso,
Se estremeció la fronda del Olivo;
Porque, ese Galileo tan hermoso,
¡Era el Hijo bendito de Dios vivo!

Le viste, blanca Luna, prosternarse,
Gimiendo de dolor, amargamente,
Y en tristísimas lágrimas bañarse,
Bajando al polvo su divina frente.

Estaba solo, de pesar lloraba,
Grande, ¡muy grande! su congoja era,
Y un rayo de tu lumbre acariciaba
Los risos de tu blonda cabellera.

Sabia que ya la hora se acercaba
De consumar su sacrificio inmenso,
Y su oracion ferviente, levantaba,
Mas pura que el aroma del incienso.

Los azotes, los clavos, las espinas
Y el horrendo cadalso, contemplaba,
Y corrían sus lágrimas divinas,
Y sus manos purísimas plegaba.

Bajo el peso de todos los pecados
Y los nefandos crímenes del mundo,
Presentes, y futuros y pasados,
¡Sangre, sudaba, con dolor profundo!

Cual se deshoja el perfumado lírio,
En una noche tempestuosa y fria,
Entre la garra del atroz martírio,
Despedazado el corazon tenia.

¿Por qué lloraba el Dios de la Clemencia,
Con tan amargo sentimiento tierno?
Porque las almas ama con vehemencia,
Y muchas se hundirán en el infierno.

Sabia que seria despreciado
De su amor el inmenso sacrificio
De morir en el Gólgota, afrentado,
En un tremendo y bárbaro suplicio.

Y con sarcasmo indiferente y frio,
La Redencion seria desechada,
Y bajo el pié del pecador impio,
Su sangre preciosísima ultrajada.

Y al ver el Hombre-Dios, precipitarse
Millares de hombres en el hondo abismo,
Comenzaba, llorando, á desmayarse,
Sintiendo de la muerte el paroxismo.

"¡Padre!" dijo, con voz indefinible,
Entre la cruel angústia y la agonia,
" Pase de mí este cáliz, si es posible;
" Mas tu voluntad sea, y no la mia."

Un arcánjel del alto firmamento,
Mas bello que la risa de la Aurora,
Del Empíreo desciende, en el momento,
Y al Santo Verbo, reverente adora.

La luz del cielo en su mirada brilla,
Y ante el Divino Salvador del mundo,
Junta las álas, dobla la rodilla,
Y sus piés besa con amor profundo.

De sus sienes, quitando la diadema,
Dijo el glorioso Príncipe sagrado:
" Es la Divina voluntad Suprema,
" Que el sacrificio sea consumado."

" Pero, ¡ay! del desgraciado, infeliz hombre
" Que temerario, ingrato y atrevido,
" Ose negar vuestro sagrado Nombre,
" Más le valiera nunca haber nacido."

" El negro cáliz del dolor, Dios mio,
" Apure ya vuestra divina boca;
" Pero ¡ay! del nécio, miserable impio,
" Que la Justicia del Señor provoca."

" Mas, es llegada la hora," le decia
Con blando acento, de ternura lleno,
Y con sus blancas álas recojia
Las lágrimas del Santo Nazareno.

Y al escuchar el celestial mensaje,
¡Sangre sudaba, hasta regar el suelo!
Y al través de un blanquísimo celaje,
El bello arcángel se escondió en el cielo.

En tanto, resonaba un sordo ruido,
Semejante á la hirviente catarata,
Y al espantoso y hórrido bramido
Del terrible Aquilon que se desata.

Rumor de pasos y de gente armada,
Confusos gritos, que decian: "Muera,"
Porque en tropel venia sublevada,
Contra el Señor, Jerusalen entera.

La inmaculada víctima, inocente,
Límpia el sudor con la orla de su manto:
Con réjia majestad, alza la frente,
Sacude la tristeza y seca el llanto.

Ya llegaban las turbas sediciosas,
Porque el pérfido Judas le há vendido,
Y lanzando blasfémias horrorosas,
Se acercan al Mesías prometido.

Y el que tiene á sus piés el ronco trueno,
El terremoto y la centella ardiente,
Se levanta pacífico y sereno
Para entregarse al pueblo, delincuente.

"LA MUERTE DE MI MADRE."

Era la noche, triste y pavorosa,
Todo en silencio sepulcral estaba:
La blanda brisa apénas halagaba
El purpurino cáliz de la rosa.

Envuelta en sombra, la creacion dormia,
Profunda calma por doquier reinaba,
Mientras yo sola é infeliz, velaba,
Al pálido brillar de una bujia.

La ronca vibracion de la campana,
Con lúgubre compás las doce dió;
Y en el cóncavo cielo se perdió
Su imponente clamor, su voz lejana.

Torna el silencio á dominar de nuevo,
Naturaleza está sin movimiento:
Funesto cruza por mi pensamiento,
Temor horrible, que espantoso llevo.

Y al contemplar la fúnebre agonia
De aquella madre tan querida y santa,
Seca la voz estaba en mi garganta,
Y opreso, inquieto, el corazon latia.

¡Ay! yo ví marchitarse su color,
Y ví desparecer su risa amable,
Cuando la muerte cruel, inexorable,
Andaba de su lecho en derredor.

Cuando batió sus álas, despiadada,
En torno de la sien, descolorida,
¡De aquella madre que me dió la vida!
¡De aquella madre, con delírio amada!

Ella, en el borde del sepulcro umbrio,
Vagando entre la vida y la nada,
Vuelve á sus hijas, pálida mirada,
Y su frente se baña en sudor frio.

¡Ay! en sus ojos, prontos á cerrarse,
Brilla radioso, puro, anjelical,
Aquel amor, sublime y sin igual,
Que solo en una madre puede hall arse....

El grito desesperado
Que mi corazon lanzó,
Dentro el pecho torturado,
Su muerte me reveló.

Sí, ángel de bendicion,
Al Empíreo te has lanzado,
Y envuelta en desolacion,
Tu hija infeliz há quedado.

¿Qué será de mí, sin tí?
¿Quién se sonreirá al mirarme?
¡Madre santa! te perdí;
Y un abismo va á tragarme.

¿Quién me amará con tu amor?
¿Dónde le podré encontrar?
¡Huérfana voy á quedar,
Perdida entre mi dolor!...

Como la débil barquilla,
En medio del bravo mar,
Sin velámen y sin quilla,
Próxima ya á naufragar.

Pasará la noche, el dia,
Y mi dolor será el mismo,
Sumida en el hondo abismo
De un pesar que no varia.

Negro, profundo, incansable
En rasgar mi corazon,
Sin piedad, sin compasion,
Es inmenso, es inmutable.

¡Ay! un desierto escabroso
Es el mundo para mí:
La vida, un sueño espantoso,
Porque todo lo perdí.

Me siento sola en el mundo,
De negra amargura henchida,
En el vaiven de la vida,
¡Desdichada sin segundo!

A LA NOCHE.

NOCHE triste y enlutada,
Funeraria, tenebrosa,
Cual tu sombra pavorosa,
Es mi negro porvenir.
¡Insensata! Yo deliro:
¡Noche! tú tienes mañana,
Yo, ¡ni una esperanza vana
Que ilumine mi existir!

Sin una esperanza bella,
Honda tiniebla es mi vida,
¡Ah! de tormentos circuida:
¡Yo no tengo qué esperar!
Corren mis dias helados,
Envueltos en amargura,
¡Sin un rayo de luz pura,
Que venga mi alma á alumbrar!

¡Sin una ilusion divina,
Sin un pensamiento bello,
Sin un pálido destello,
Dónde la vista fijar!
Seco el corazon, marchito;
¿Qué me importa el universo,
Si mi cruel destino, adverso,
Es padecer, es llorar?

Cual fantasma solitaria,
Que vaga en las tumbas frias,
Veo los funestos dias
De mi existencia cruzar:
Yertos, de opaco color,
Llenos de penas, sin goces,
Unos tras otros, veloces
Pasan para no tornar.

La salud arrebatando,
La juventud carcomiendo,
Pasan y se van perdiendo
Entre la honda eternidad:
De la vida en el confin,
La muerte me está esperando,
Inexorable, contando
Mis horas con ansiedad.

Muerte, de todos temida,
Cuando te acérques á mí,
¿Me darás descanso, dí?
¿O tendré qué sufrir mas?
¿Hasta tu sombrio seno
Me seguirá la amargura,
Y de tanta desventura,
No me libraré jamas?

¿Tendré yo algun anatema?
¡Dios Eterno, é infinito:
No arrastro ningun delito
Para tanto padecer!
¡Perdóna, Dios de bondad,
Este pensamiento impio;
Pues tus arcanos, Dios mio,
Nadie los puede saber!

Tal vez lo que creo un mal,
Será un bien que me destinas,
O es el camino de espinas,
Para llegar hasta tí:
¿Qué soy yo? Un miserable
Atomo, en la inmensidad:
¡Piedad, Dios mio, piedad!
¡Tened compasion de mí!

UN AMOR SECRETO.

(A PETICION DE UN AMIGO.)

SONETO.

YO ví tu mirar, tierno y seductor:
De tu voz, la dulzura percibí,
Y sin saber por qué, me estremecí
De un gozo indefinible, encantador.

Un misterioso y cándido temor,
Se apoderó de mi alma, junto á tí;
Y aqui en el corazon, nacer sentí
La abrazadora llama del amor.

Sí: yo te adoro hasta la idolatría,
Eres mi hermoso y bello pensamiento,
El ideal sueño de mi fantasía;
Mas ¡ay de mí! ¡cuán duro sufrimiento!
Mi destino es callar, ¡tormento impío!
¡Nunca sabrás que te amo, dueño mio!

UN PENSAMIENTO.

Eres, divino pensamiento bello,
Tan agradable, dulce y lisonjero,
Como el encanto del amor primero,
O de los cielos, límpido destello.

Eres la tierna y plácida armonia,
Que suavizára mi feroz destino:
Eres la flor que mi áspero camino,
Grata hermoseára la existencia mia.

Mas, ¿donde está tu májica hermosura,
Que tan dichosa, tan feliz me hacía,
Y me inspiraba tierna melodía,
Para cantar del Sol, la lumbre pura?

¡Todo paso! y en pálida memoria
Te has convertido, dulce pensamiento:
En negra sombra, en hórrido tormento,
Arrebatando mi ilusion, mi gloria.

Brilló mi dicha, y espiró en la cuna;
Y en vano busco sus radiosas huellas
En la apacible luz de las estrellas,
En la fulgente y majestuosa Luna.

¿Ah! si contemplo las hermosas flores,
Triste recuerdo viene al corazon,
Y una mortal, profunda sensacion
Ajita mi alma en fúnebres dolores.

Es de la noche, la hora silenciosa,
Hora de llanto, pena y sufrimiento,
En que, abatida, todo el peso siento
De una memoria amarga y dolorosa.

Hora en que cruzan por mi fantasía,
Unos tras otros, todos mis tormentos:
Hondos pesares, negros sufrimientos,
¡Gran Dios! tú solo, míras mi agonía.

Sola en el mundo, yo no tengo amante,
Ni madre, ni amistad, hijos, ni esposo,
Ningun mortal escuchará piadoso,
De mi horfandad el eco penetrante.

Ningun viviente estenderá su mano
Para enjugar mi solitario llanto:
¡Oye, Señor, el funetario canto,
De la estranjera entre el linaje humano!

¡Dios del tiempo y las edades!
Que el implacable furor,
Cálmas de las tempestades,
¡Calma, calma mi dolor!

Tú, que al punto haces callar
Al espantoso Aquilon,
Manda, manda sosegar
Mi ajitado corazon.

Tú, que los soberbios mares
Contienes de una mirada,
Torna en gozo los pesares
De una mujer desdichada!

Tú, que al planeta señalas
Camino en el firmamento,
Manda al tiempo que, en sus alas,
Arrebate mi tormento.

Tiempo, que incansable talas
La juventud, la belleza,
La alegria, la riqueza,
Y de la naturaleza
Las mas espléndidas galas;

Y en tu furiosa corriente
Arrebatas las pasiones,
Los imperios, las naciones,
Y las bellas ilusiones
Del amor casto, inocente:

Tú, que al paso de tu planta
Marchitas la edad primera,
Blanqueas la cabellera,
Y á la jóven hechicera
Doblas la jentil garganta:

Tú, que apagarás un dia,
Con tus pasos destructores,
De ese sol, los resplandores:
Vuela, ¡oh tiempo! y los dolores,
Llévate, del alma mia.

EL SUEÑO.

Soñé que era feliz: una esperanza
Dulce, se deslizaba por mi mente,
Y el placer mas supremo é inocente
Sentí en mi corazon.

Yo ví un risueño, cuadro delicioso,
Reflejarse en mi yerta fantasía,
Y extasiada mi alma, se mecía
En tan bella ilusion.

Yo columbraba un porvenir de flores,
Una existencia alegre y venturosa:
En mi sueño feliz, gocé dichosa
La gloria del Eden.

Yo ví un hermoso Génio, tutelar,
Encantador, como la madre mia,
Y soñaba que afable me decia:
"Pobre huérfana, ven:

" Yo enjugaré tu doloroso llanto,
" Yo arrullaré tu triste corazon,
" Y te daré la noble inspiracion
" De practicar el bien."

Al contemplar su frente majestuosa,
Al escuchar su melodioso acento,
Un elevado, heróico pensamiento
Coronaba mi sien.

Ví con horror el corrompido mundo,
Me estremecí de celestial ternura,
E idolatré la imájen casta y pura
De engañosa vision.

Cuando infeliz desperté,
Entre la cruel realidad,
Atroz perfidia y maldad,
¡Ay! espantada, encontré.

A UN AMIGO.

(Dedicada al Sr. Licenciado Don Manuel Dieguez.)

CANTA del cruel destino la dureza,
Los golpes de la suerte y el rigor;
Canta con dulce acento la tristeza,
Amable trovador.

Canta de los pesares la amargura,
Canta los desengaños de la vida,
El profundo dolor, la desventura,
¡Y la ilusion perdida!

Víctima siempre de la adversidad,
Canta tus pesares y tus sinsabores,
Como el canario en yerta soledad,
Arrulla sus dolores.

Mas, ¿qué importa la bárbara perfidia
De este mundo, incapaz de comprenderte,
Si sabe despreciar la negra envidia
Tu alma sensible y fuerte?

¿Qué te importa la efímera alegría
Del mundo positivo y material,
Si allá, en tu poderosa fantasía
Llévas un cielo ideal?

Allí tienes amores inmortales,
Allí verás beldades peregrinas,
Pensamientos sublimes, celestiales,
¡Ilusiones divinas!

Y tu alma ardiente, de entusiasmo henchida,
Visita el sol, la luna, las estrellas,
Y sola, allá en la inmensidad perdida,
Sigue de Dios las huellas.

Mídes del rayo el furibundo estruendo,
Y del torrente el hórrido bramido:
Contemplas tú, el hondo mar hirviendo,
Y de Aquilon el ruido.

Feliz recorres todas las creaciones,
Y sábes leer en la naturaleza,
Sintiendo gratas, nuevas sensaciones,
De belleza en belleza.

Comprendes el idioma de las flores,
Comprendes el suspiro de la brisa,
El dulce canto de los ruiseñores.
Y del Alba la risa.

Tienes tu mundo, bardo afortunado,
Llevas tu Eden de májica armonia,
Tienes de Dios, un don privilejiado
De celestial poesia.

Cuando arrobado, allá en tu inspiracion,
Feliz paseas por el ancho espacio,
Y tu mirada abraza la creacion,
El cielo es tu palacio.

Y en tu carro de fuego, allá elevado,
¿Qué es para tí la tierra miserable?
Un átomo á tus plantas, encontrado
De cieno despreciable.

Suene tu laud y burla del destino
La zaña cruel, el bárbaro furor:
Pulsa tu lira, y riega tu camino
De espléndido fulgor.

Canta de nuestro Sol, la lumbre pura,
La eterna primavera, la grendeza:
Canta de nuestros paises la hermosura,
La salvaje belleza.

Canta nuestros volcanes elevados,
Con entrañas de plata, fuego y oro,
Y los fértiles campos dilatados,
De América tesoro.

Las altaneras cimas encumbradas,
Que aun no há tocado el hombre corrompido,
Donde el águila fija su mirada
Para formar su nido.

Canta nuestros frutales, nuestras flores,
El precioso naranjo, el verde higuero,
Las áves de magníficos colores,
El fresco limonero.

Canta, génio sublime, álza la frente
Que el Eterno llenó de pensamiento,
Y le ciñó la aureola refuljente
Del inmortal talento.

Impávido resiste los azares
De la existencia en la áspera carrera,
Que la felicidad sin los pesares,
Habita en otra esfera.

EL NARDO.

Cándida, lozana flor,
Bello nardo perfumado,
Eres emblema sagrado
De un casto y sublime amor,
Que aquí, dentro el corazon,
Solo de Dios, comprendido,
Mora, cual niño escondido
En solitaria mansion.
Si alguna vez un suspiro
Del alma, á mi lábio asoma,
Es puro como tu aroma,
El amor que yo respiro;
Y como tú, es inocente,
Cándido nardo, precioso,
El afecto ideal, hermoso,
Que se retrata en mi mente.

LA MARIPOSA.

Brillante mariposa afortunada,
Revestida de espléndido color,
De tu fresca mañana en el albor,
Meciéndote en el áura, perfumada:
Halagas á la rosa nacarada,
Al cándido jazmin de suave olor:
Córres, vuelas fugaz, de flor en flor,
De todas y de nadie enamorada.
En los sueños deseas, orgullosa,
Cuantas bellas adornan el verjel;
Porque eres, inocente mariposa,
Del voluble Cupido, imágen fiel:
Que ama la variedad por ambicion,
Sin que nada le llene el corazon.

LA ESPERANZA.

Cuando Adan, de su culpa arrepentido,
Quiso lavar con llanto su pecado,
Prosternóse, confuso y abatido,
Pidiendo á Dios le fuera perdonado.

Una inefable, paternal sonrisa,
El lábio del Altísimo ajitó,
Y al suave soplo de celeste brisa,
La esperanza sus álas desplegó.

Llena de encantos, descendió del cielo
Una beldad angelical, divina,
Que al desgraciado, llena de consuelo,
Con su mirada dulce y peregrina.

Sin tí, grata esperanza ¿qué sería
Del mortal miserable, desdichado?
Ningun alívio en su dolor tendría,
El que sufre un destino malhadado.

Cuando cerca de mí, sueles pasar,
Tu fúljido esplendor en mi alma brilla,
Y una dulce ilusion viene á enjugar
La lágrima que tiembla en mi mejilla.

Y al contacto de tu alma trasparente,
Vuelve por un momento á mí la vida,
Borrando la amargura que en mi frente,
La huella del dolor dejó esculpida.

¡Bella divinidad, consoladora,
Hija de la sonrisa del Eterno,
Rasgo de la Potencia creadora,
Destello de su amor sublime y tierno!

No me abandones mas, y mis dolores
Hollados en tu planta quedarán:
Mis agúdas espinas serán flores
Que aromada fragancia te darán.

LA AMARGURA.

¡DESGRACIA, inseparable compañera!
Tú sola eres constante para mí:
Implacable me sigues por doquiera:
Tu víctima infeliz, ¡ay! siempre fuí.

Te complaces, con hórrido placer,
En amargar mi vida miserable:
Tu dedo cruel, me señaló al nacer,
Para seguir mis pasos, incansable.

Todos tienen su parte de ventura:
Todos, una esperanza y una flor;
Sola yo, impregnada de amargura,
¡Mi único compañero, es el dolor!

Si alguna vez asoma á mi semblante
Una furtiva, pálida sonrisa,
Es, cual la suave lumbre que, al instante,
Sobre un negro sepulcro se desliza.

Es el destello frio, inanimado,
De mi triste, abatido corazon,
Que tiembla, que palpita infortunado,
Entre el llanto, horfandad, desolacion.

Sola, sola, cual sombra funeraria,
Atravieso la mísera existencia,
Cual la planta marchita y solitaria,
Que combate del viento la inclemencia.

¡Vivir sin alegria, ni esperanza!
Es mi bárbaro, horrible, cruel destino.
¡Sin un rayo de luz en lontananza,
Que ilumine un momento mi camino!

De tanto padecer, ¡ay! ya cansada,
Veo en mi derredor, hondo vacio;
Mas, si solo á llorar fuí destinada,
¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mio!

LA MUSICA.

SONETO.

Desciende del Parnaso venturoso,
Musa de lo sublime, de lo ideal:
Ven, que suene tu voz angelical,
Canta de mi entusiasmo, lo grandioso.

De la Música un golpe melodioso,
Grato, como la risa maternal,
Me hizo sentir que mi alma es inmortal,
Y de placer tembló mi pecho ansioso.

Yo, extasiada con el dulce acento
De los prelúdios que oía resonar,
Creí ver de par en par el firmamento,
Y al Eterno en su trono divisar;
Mas, ¡ay! cesó el sonido encantador,
Y yo volví á este mundo de dolor.

EL SARCASMO.

ALGUNAS palabras hay,
Que se quedan resonando,
Y en el corazon punzando,
Cual mortífero aguijon:
Cáusticas, envenenadas,
Se deslizan, hasta el alma,
Y arrebatando la calma,
Son sarcasmo y maldicion.

REMEDIO PARA HACER CONSTANTE A LA MUJER.

SONETO ANÓNIMO

PUBLICADO EN EL CALENDARIO DE LA PAZ EN EL AÑO DE 1853.

TÓMENSE diez mil duros bien contados
Y en un taller de modas derretidos,
Pónganse seis libras de advertidos,
Mezclados con aceite de cuidados:
Echese precaucion por todos lados ...
Y pólvos de malícia, bien surtidos;
Dos onzas de regaños, bien molidos,
Y de llave de puerta tres puñados:
Póngase todo á fuego de costura,
Sin que tenga una gota de ventana,
Y cúbrase la casa con regalo;
Désele á noche, tarde y á mañana,
Y si quedáre floja esta tintura,
Revuélvase á menudo con un palo.

(*Aprobado por la Facultad.*)

CONTESTACION

DE LA SRITA. LAPARRA AL ANTERIOR SONETO.

A todo ese dinero bien contado,
Opóngasele orgullo derretido;
Pues solo un corazon muy corrompido
Podrá, por vil moneda, ser cambiado.
Contra la cruel malícia, el pecho honrado
Prepare un fuerte polvo bien molido;
Y de burla, de risa y frio olvido,
Sea al momento un cáustico aplicado.
De profundo desprecio y ódio fino,
Píldoras para siempre, á toda hora,
Tóme el pobre marido y el amante,
Que careciendo de talento y tino
Para hacerse adorar de una señora,
Con un palo la quiere hacer constante.

LA MEMORIA.

Hay un santuario sagrado,
Un bello templo sin nombre,
Que lleva consigo el hombre,
Donde se guarda el pasado;

Una potencia divina,
Escribe dentro del alma,
Cuadros de plácida calma,
Cuadros de luz diamantina.

Cuadros de inocencia pura,
De amor y pura ilusion,
Y cuadros de maldicion
Y de amarga desventura.

Cuadros de felicidad
Y de fantásticos sueños,
Deliciosos, halagüeños
Y de triste realidad.

Cuadros, en fin, de la vida,
De diferentes colores,
De sonrisas, de dolores,
De creencias y fé perdida.

Y toda la larga historia
Del mísero hombre infeliz,
Con indeleble matiz,
Se retrata en la memoria.

Y esta celeste potencia
Nos trae cada momento,
El grato, el amable acento
Del bien que roba la ausencia.

Que desde el confin del mundo
Al punto le hace venir:
Quizá le vemos sonreir
O lanzar un ¡ay! profundo.

Ella, descorriendo el velo
Que esconde el triste pasado,
Nos trae al objeto amado,
Cual un ánjel de consuelo.

Vemos las tiernas miradas
Y los semblantes queridos,
De aquellos séres perdidos
Dentro las tumbas heladas.

Al huérfano hace escuchar
La sublime despedida,
Que una madre bendecida
Le dejára al espirar;

Y la ultima voluntad,
O mandato respetable
De su padre venerable,
Al irse á la eternidad.

Nos repite del hermano
Las palabras cariñosas,
Y las horas venturosas
De otro tiempo ya lejano.

Evoca los juramentos
Del amante y del esposo,
El desengaño penoso,
Las quejas, los sufrimientos.

Trae el plarer y las penas,
Y de los mas tiernos lazos,
Trae tambien los pedazos
De las destruidas cadenas.

Dulce y plácida memoria
Que al hombre sigues dó quiera,
Déjame en paz, cruel quimera,
Sombra vana é ilusoria:

Déjame, memoria viva,
No me hagas mas padecer,
Que ya siento desprender
Una lágrima furtiva,

Y en mi mejilla rodar
La lágrima, y un suspiro
Dentro el áire que respiro,
Siento á mi lábio asomar.

Porque la dicha pasada,
Que el tiempo se arrebató,
Fantasma fué que se hundió,
Dentro la insondable nada.

Y el tiempo que ya pasó,
No puede retroceder,
Porque en su eterno correr
Nunca los pasos volvió.

EL VOLCAN

DE LA

ANTIGUA GUATEMALA.

GIGANTE colosal y majestuoso,
Que tranquilo y altivo te levantas,
Y con fuerte retumbo estrepitoso
El poderio del Eterno cantas.

En tu soberbio cráter arrogante
La borrascosa tempestad se sienta,
Y te circunda el rayo fulminante
Y el ronco trueno aterrador revienta.

Miras hundirse las generaciones
En la sombria funeraria tumba,
Y con todas sus bellas ilusiones
Que el trono de los reyes se derrumba.

Los siglos se deslizan á tu planta
Sin destruir tu titánica figura,
Y el transcurso del tiempo no quebranta
Tu salvaje, magnífica hermosura.

Centinela del Dios Omnipotente
Y cantor de su gloria deslumbrante,
Haces temblar al hombre delincuente
Y de pavor, lo llenas al instante.

Y de espantoso combustible lleno
Por la Suprema voluntad divina,
El negro luto llevas en tu seno,
El terremoto y la tremenda ruina.

El esterminador Arcángel viene
Cerniéndose severo en el vacío;
Horrendo látigo en la mano tiene,
Airado rostro y el mirar sombrio.

Pálida frente, negra cabellera,
Oscuras alas y flotante velo,
La destruccion le sigue por doquiera,
La muerte, el llanto y el funesto duelo.

Ministro del Señor, lleva consigo
La peste, el hambre y la sangrienta guerra,
Y las víctimas cuenta del castigo
Fijando sus miradas, en la tierra!

Y por eso terrible á tí desciende;
Tu altiva cumbre con sus alas toca....
En tu profundo seno el fuego prende,
Y abres al punto, tremebunda boca.

Y á la señal del Angel poderoso
Tiembla la tierra, el mar se bambolea,
Cae la choza y el palacio hermoso,
Y silva el viento y crece la marea.

Tu tremenda esplosion haces bramando
Sacudiendo tu cráter altanero,
¡Y torrentes de fuego vomitando
Anuncias que el Señor es justiciero!

Y tu lava candente se derrama,
Bello manto de fuego te rodea,
Y en tu flotante abrasadora llama
Tu grandioso penacho balancea.

Y retumbando estremecido arrojas
Enormes piedras con horrible estruendo,
¡Y te coronas de espirales rojas
Que en tu fuego voraz caen ardiendo!

Y lanzas inflamados borbollones
De humo, ceniza, y calcinada arena,
Que cubre de enlutados pabellones
El ancho espacio, y de tinieblas llena.

Y siguen los temblores cada instante
Y comienza á llover menuda escoria;
Y resuena el retumbo amenazante
Cantando del Altísimo la gloria.

Del terremoto el remezon violento
¡Gloria, al Señor de la justicia dice;
¡Gloria repite en su bramido el viento,
¡Y la tierra y el cielo le bendice!

El carnívoro tigre huye espantado
De su caberna sale conmovido,
Diciendo que el Señor está enojado
Con atronante y hórrido bramido.

¡Ay! las hermosas fincas se volvieron
Anchas playas de arena pedregosa,
Y muchos jornaleros perecieron
En la tribulacion mas horrorosa.

Corren las fieras, y dejando el nido
Las aves vuelan sin hallar reposo,
Y retruena otra vez el estampido
Y otra vez el retumbo estrepitoso.

Y si tu altivo cráter se sumiera
De tu concavidad en el abismo,
¡Oh, qué horror! Guatemala pereciera
En el mas estupendo cataclismo.

Mas de sesenta leguas ha regado
La tierra que despides de tu seno,
Marchitando las flores en el prado
Y cubriendo de ruina el campo ameno.

Entre la ancha cortina pavorosa
Que intercepta la luz pura y brillante,
Avientas con pujanza poderosa
Relámpagos de fuego fulminante.

Gran mortero del Todopoderoso
Que disparas volcánica metralla,
Contra tu ardiente fuego borrascoso
No hay cañones, fortines, ni atalaya.

Y de tu fuego abrasador, candente,
¿Quién apaga la roja llamarada?
¡Solo el Dios Sempiterno Omnipotente
Que sacó el universo de la nada!

¿Quién sosiega el temblor amenazante
Y calla del retumbo el estampido?
Vos, Señor, cuya gloria deslumbrante
Canta el volcan, de fuego revestido.

Yo infeliz miserable mujercilla
En vuestro acatamiento Soberano,
¡Bajo la frente, doblo la rodilla,
Y la pluma se cae de mi mano!

EL COLERA MORBUS.

¡COLERA MORBUS! ¡anatema horrendo!
¡De un Dios airado ¡maldicion terrible!
Doquier que pasas, la segur blandiendo,
La muerte siembras y el veneno horrible.

¡Tu negro aliento todo lo marchita!
Seca la vida, la existencia acaba;
Y á la infeliz raza de Adan proscrita,
Destruyes tú, cual fulminante lava.

Por todas partes el dolor y el llanto,
Dejas; y la honda y triste desventura,
Por todas partes orfandad, quebranto,
El lúgubre lamento y la amargura.

Bajo tu fria descarnada planta
Veo jemir la bella patria mia;
Azote cruel, aterrador que espanta,
Y llena de congoja y agonía.

Y con sarcástica y glacial sonrisa
A donde fijas tu fatal mirada,
La juventud, en flor se pulveriza,
Y la belleza tornase á la nada.

¡Ay! Al contacto de tu mano yerta,
El corazon palpita y se estremece;
Al ver la inmensa eternidad abierta
Que va á tragarnos, y el espanto crece.

Hundes feroz, á la doncella hermosa,
Y al triste anciano, en el eterno sueño,
Y de los brazos de la tierna esposa,
Arrancas cruel, á su querido dueño.

De los amantes los risueños lazos
De bellas flores y esperanza ideal,
Cubres de luto; y caen en pedazos,
Dentro la helada tumba funeral!

¿No te conmueve en tu furor sombrio,
Y en tu insaciable emponsoñada zaña,
La triste madre, que el cadáver frio,
Del tierno niño, con su llanto baña?

Y en el delirio de su amor sublime,
Quiere animar á su hijo inanimado;
Mil y mil veces, en su frente imprime,
Osculo tierno, santo, immaculado.

Hórrida plaga, sin color, sin nombre,
Tu pestilente soplo corrompido,
A envenenar al miserable hombre,
¡Acaso del infierno habrá salido!

Mil veces nó; sal pensamiento osado
De mí insensato y abatida mente;
Que es un arcánjel del Señor enviado
El que estermina al pueblo delincuente.

El que la plaga fulminante rije,
Es un querube poderoso y grande,
Que la tremenda tempestad dirije
Y el justo azote del eterno blande.

A una señal del Hacedor divino,
Bate las alas, el espacio hiende,
Desata el hambre, suelta el torbellino,
Revuelve el mar y la centella enciende.

El es, El es, el que quebranta fuerte
De los mortales la soberbia impía:
Y el que nos trae el morbus y la muerte
Justo castigo, que el Creador envia.

Destruid, Señor, destruid el polvo vil
Que osa pecar en Vuestra real presencia,
Llenad la tierra de tormentos mil,
Mas recordad, mi Dios, vuestra clemencia.

EL PANTEON.

Frio palacio de la muerte impia,
Mansion funesta del dolor y el llanto,
Del negro luto y el mortal quebranto,
De la tristeza silenciosa, umbria.

Aqui mora el suspiro funerario,
Y el triste desengaño y el olvido;
Aqui resuena el lánguido jemido,
Aqui vago el lamento solitario.

Imperio basto de la inmoble nada,
Habitacion funesta de los muertos,
De los despojos, de los huesos yertos,
De la que fué, jeneracion pasada.

Trono imponente de verdad fatal,
Verdad que dice al hombre: "Has de morir
Y en frio polvo te has de convertir,
Quizá mañana, mísero mortal."

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Que lo que hoy fué, no es mañana,
Y en nada se ha convertido,
Dice el lúgubre tañido
De la fúnebre campana.

Y esa horrible calavera
Que hoy miramos con pavor,
Ayer inspiraba amor
Que era una bella hechicera.

Jóven, hermosa y jentil,
Llena de encantos, lozana,
Era una rosa temprana
En su venturoso Abril.

Y hoy rodando á nuestros pies,
¿Quién se recuerda lo que fué?
Nadie en el mundo, porque
Lo que hoy fué, mañana no es.

Allá en aquel mausoleo
Descansa una tierna esposa,
Apagó la fria losa
Las luces de su Himeneo.

Y el juramento sagrado
Que su esposo le hizo ayer,
Se olvidó, y á otra mujer
Su corazon ha entregado.

Aqui duerme un fiel amante,
Que en su alegre primavera,
Marchitó la muerte fiera
Ese corazon constante.

¡Ay! y aquella cuyo nombre
Al espirar pronunció,
A un nuevo amor se entregó,
Y ya es la esposa de otro hombre.

Ahí en esa tumba helada
Que guarda un niño inocente,
Orando está reverente
Una madre arrodillada.

Porque el santo amor materno
Jamas le borra el olvido,
Y por el Hijo querido
Pide humilde al Ser Eterno.

Y sin encontrar consuelo
No se cansa de llorar,
Hasta que le va á encontrar
Venturoso allá en el Cielo.

Este mármol con ternura
Besa, la huérfana triste
Y por el bien que no existe,
Una plegaria murmura.

Quizá la sombra evocando
De los padres que perdió,
La frente al polvo inclinó
Su corazon palpitando.

En este sepulcro está,
Un soberbio, gran señor,
Lleno de oro y de esplendor
¡Se creyó inmortal quizá!

Preguntad, pobres humanos,
¡Qué hay de tanta vanidad!....
Triste olvido y soledad,
Tierra y fétidos gusanos.

En ese alto monumento
Yace un sabio tan profundo,
Que dejó admirado al mundo
Con sus luces y talento.

¡Ay! y el silencio elocuente
De su cripta inanimada,
Nos dice "Que el hombre es nada"
Dios, es sabio solamente.

Y tristísimo es pensar
Que nadie puede saber,
Si el sol, que se va á esconder
Verá otra vez alumbrar.
O si al son de esa campana
Al rayar el nuevo dia,
En esta mansion umbria
Acaso estará mañana.

EL CLAVEL.

A PETICION DE UNA NÓVIA.

¿Qué dices, hermosa flor,
En tu cándido lenguaje?
¿Me traes algun mensaje,
Algun recuerdo de amor?

¿Oculto entre tu fragancia
Viene un precioso suspiro,
Que al comtemplarte respiro,
Como prueba de constancia?

¿Y en tu cáliz, escondida,
Me traes una delicia,
Una inocente caricia,
Una sonrisa querida?

¿La esperanza lisonjera
Entre tus hojas perdida,
Viene á embellecer mi vida,
Viene á ser mi compañera?

Una lágrima furtiva,
Viene entre el líquido frio,
De esta gota de rocio,
Cual tierna memoria mia?

Cuando á cortaros llegó,
¿Qué dijo, bello clavel?
¿Me amará, me será fiel?
¿Dime, de mí se acordó?

¿Su corazon palpitaba?
Su mirada ¡cómo era?
¿Era dulce, era severa?
Dime ¿reia ó suspiraba?

Ven, lozana, hermosa flor,
Como un recuerdo adorado:
Serás emblema sagrado
De inocente y puro amor.

CÁNTICO.

ES mi dulce creador,
El que tiene los Cielos por su trono,
Y la tierra á los pies por escabel;
No hay voz que sea digna de nombrarle,
Ni pluma ni pincel,
Que pueda ni siquiera bosquejarle.

Para cantar mi Dios
De vuestra Majestad la eterna gloria,
¿Quién me diera del Angel la dulzura
Y del Querúbe el aromado incienso,
Cuya fragancia pura,
Reverente os ofrece, Dios inmenso?

Mas los pobres gusanos,
Aun en su misma pequeñez anuncian
Que Vos sois infinitamente sabio;
Y al pronunciar Vuestro sagrado nombre
Valbucea el labio,
Y se prosterna confundido el hombre.

Todo lo creasteis Vos,
De la nada sacasteis maravillas
Y pusisteis del Cielo los cimientos
Y teneis las medidas del Infierno,
¡Señor de los portentos!
Vuestro poder es grande y sempiterno!

Siempre jóven y bello,
Trascurrirán los siglos de los siglos
Sin dejar una arruga en vuestra frente,
Pues sois la suma perfeccion Señor,
Y el divino torrente,
De inagotable santidad y amor.

Solo Vos sois increado,
Solo Vos sin oríjen y sin fin,
Y ántes de crear el Orbe portentoso
En Vuestra exelsa gloria, Dios potente,
Erais tan venturoso,
¡Cómo sois y sereis eternamente!

Estais en todas partes
Nada se esconde á Vos porque estais viendo
Cuanto pasa en los Cielos y en el mundo,
Y hasta del hondo abismo tenebroso
Mirais lo mas profundo,
Porque Vos sois el Todopoderoso.

Ese Sol deslumbrante
Es el bello cantor de vuestra gloria,
Cuando esplendido asoma en el Oriente
Sus rutilantes luces derramando,
Se esconde en el Poniente,
Los dias y los siglos señalando

Y marcando los tiempos
Cual inmenso reloj del ancho Cielo,
En su fulgente rotacion alumbra,
Millares de millares de vivientes

Que se hunden en la tumba,
Y sus rayos derrama en nuevas jentes.

Con Vos está, mi Dios,
La admirable belleza de los campos,
Y la suave fragancia de las flores;
Con Vos está la plácida mañana
Con sus ricos albores,
Y la hermosura de la flor temprana.

La fuente cristalina
Que se va deslizando en la pradera,
Hasta perderse en los inmensos mares;
Y de las aves de pintada pluma
Los poéticos cantares,
Junto al torrente de nevada espuma.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¿Quién como Vos, Señor, que á vuestra planta,
Cruzan los rayos y revienta el trueno,
Y en sus fragores el retumbo canta
Que sois el Dios, de Omnipotencia lleno?

Solo Vos que sabeis de qué ingrediente,
Hicisteis esa luz clara y brillante,
Y haceis partir el rayo fulminante
Desde el oscuro Ocaso, hasta el Oriente.

¡Gran Señor! solo Vos! teneis contados
Los momentos de vida de los hombres,
Y llamais á los Astros por sus nombres,
Y teneis sus caminos señalados.

Solo Vos, solo Vos, sabeis Dios mio
Cuanto duró la impenetrable nada,
Antes que la creacion fuera formada,
Con Vuestro Omnipotente poderío.

¿En dónde estaba yo cuando tendiais
El majestuoso manto de los Cielos,
Y de las nubes los hermosos velos,
Y los planetas con querer haciais?

Ahora Señor, en el estenso mundo,
Soy de la tierra imperceptible grano
Pequeño arista entre el linaje humano,
Mas os adoro con amor profundo.

PLEGARIA.

Eres mas pura que el fragante lirio
Que se columpia al soplo del ambiente,
Mas santa que el Querube del Empirio
Y mas bella que el Sol en el Oriente.
Cuando paseas en el ancho espacio
Donde sientas tu planta delicada,
Tiende el Angel sus alas de topacio
Y canta tu pureza inmaculada.
Eres mas bella que criatura alguna
Madre de Dios y virgen pudorosa,
Es tu radiante pedestal la Luna
Y de luceros tu corona hermosa.
Por este pueblo que tu nombre invoca
Y tu pureza fervoroso canta,
Una plegaria de tu dulce boca,
Al Dios eterno por piedad levanta.

A LA MUERTE DEL SALVADOR.

El santo, de los Santos desfallece:
¡Vedle allí! en un cadalso ensangrentado
De espantosa tortura circundado,
Su corazon amante se estremece.

Afrentado en la cruz, escarnecido,
Es su carne á pedazos arrancada,
Su cabeza de espinas coronada,
Y su inocente cuerpo todo herido,

Destilando la sangre mas preciosa
Con inclita bondad sufre paciente,
De la nacion impía, irreverente,
Las blasfemias, la burla ignominiosa.

Y la mano que hizo el firmamento,
Y sacó al hombre ingrato de la nada,
Con sacrílego acero profanada,
Siente horroroso y bárbaro tormento.

Ya de la parca la segur cortante
Hiere atrevida el cuello del Unjido,
Y resuena el tristísimo jemido
De su divina madre agonizante.

¡Y tú espiras, Señor, en esa Cruz,
Brotando sangre tus amantes brazos,
Sin que los mundos caigan á pedazos
Y torne al caos la brillante luz!

¡Sin que chocando en sí los elementos,
Se oiga el estruendo de tu maldicion,
El ancho mar arrase la creacion
Y los rayos estallen en los vientos!

¡Sin que de tu Angel esterminador,
Brille al punto la espada formidable
Y destruya la raza miserable
Del indigno é ingrato pecador!

Lejos de eso, en tu frente majestuosa,
Vive la santa paz y la induljencia,
Y vuelves con magnánima clemencia
Tu mirada tan dulce y bondadosa.

¡Vedle, alma mia, al cielo levantar,
Los ojos derramando amargo llanto
Y entre el dolor, la pena y el quebranto,
El perdon de los hombres implorar!

Su voz cruzó el espacio y se perdió,
Dentro del corazon del Soberano
Que levantando su potente mano,
Del Redentor las preces escuchó.

Su excelsa Majestad palideció,
Y solo él sabe lo que sentiria
Al ver de su hijo amado la agonía,
Cuando la redencion se consumó.

"Es mi hijo" decia enternecido,
Volviendo hácia la tierra su mirada,
"Por tan preciosa víctima inmolada
El perdon que me pide es concedido."

Y tocó el cetro en la dorada puerta
De su palacio esplendido y divino
Se oyó crujir el gozne diamantino,
Y quedó para el hombre siempre abierta.

Pero retrocediendo conmovido
El rostro con las manos se cubrió,
Al escuchar el lúgubre jemido,
Que la creacion atónita exhaló.

Los ángeles de rostro peregrino,
Su mirada en el Gólgota fijaron,
Y lágrimas copiosas derramaron
Al espirar el Salvador Divino.

En tanto el Hombre Dios ya no existia,
Las aves en el bosque suspiraban
Y las fragantes flores se inclinaban
Acompañando el llanto de Maria.

El Sól oscureció su resplandor,
Ablandaron las piedras su dureza
El leon se sacudia en la maleza
Y la tierra temblaba de dolor.

Los brutos daban quejas lastimosas,
Con ronca furia se agitaba el viento,
El hondo mar bramó de sentimiento,
Encrespando sus olas espumosas.

Solo el hombre feroz tranquilo estaba,
En medio del dolor universal,
Y con mirada impávida y glacial
De su Creador la muerte contemplaba.

Pero temblad, raza infeliz de Adan,
Que llegará de la justicia el dia,
Y de esa sangre sacrosanta y pia,
Severa, estrecha cuenta os pedirán.

MI NÚMEN.

NO soy poetisa, lector:
Es mi númen la amargura,
Mi musa, la desventura,
Mi inspiracion, el dolor.

Nunca en la castalia fuente
Se humedeció mi garganta,
Y si es mi ignorancia tanta,
Serás conmigo induljente.

Careciendo de instruccion
Para formar un soneto,
Una décima, un cuarteto,
Escribo por aficion.

Jamás resonó en mi oido
De Erato el dulce cantar,
Y solo puedo imitar
Del cuervo el ronco graznido.

A MI MADRE.

¿En dónde estás, madre mia,
Que no escúchas mis lamentos,
Ni endulzas mis sufrimientos
Y mi profunda agonia?

¡Ay! te llamo y no respondes
A mis dolorosas quejas,
Y solitaria me dejas,
¿Dónde estás, dónde te escondes!

Bajo esta fúnebre loza,
Regada en mi tierno llanto,
¡Duermes, mi bien, y yo en tanto
Te busco, madre amorosa!

.....
....
.....
.....

Por todas partes tu recuerdo amado,
Tengo en el corazon tan esculpido,
Que al través de los años que han pasado
En que yo te perdí, ¡jamás te olvido!

Jamás se borra de la mente mia
El tiempo grato de mi dulce infancia,
Cuando eras tú la célica fragancia
Que tan dichosa, tan feliz me hacia!

¡Ay! todavia siento aqui en mi frente
Tus cariñosos besos, madre santa,
Y escucho tu voz dulce cuando canta,
Para arrullarme con amor ferviente.

Y siempre, siempre sin cesar te miro,
Tu imájen llevo aqui, dentro del alma,
Y allá en mi juventud, y ahora en la calma,
De mi triste vejez, por tí suspiro.

Y en la escarpada senda de mi vida,
Cuando mi planta hieren los abrojos,
Levanto al cielo mis cansados ojos,
Donde creo que estás, madre querida,

Mas allá de esas pálidas estrellas,
Mas allá de esa luna titilante,
Vuelves á mí tu angelical semblante,
Veo de tu alma las radiosas huellas.

Por eso en mi horfandad y desventura,
Te llamo, cuando triste estoy llorando,
Y tu nombre pronuncio, suspirando,
Y te vuelvo á llamar en mi amargura.

Que, aunque no me respondes, yo sé bien
Que desde el alto cielo me estás viendo
Y mis lágrimas tristes recojiendo,
Y me bendices desde allá tambien.

Al Sr. Licenciado Don P. G.

EN CONTESTACION A LA PRECIOSA POESIA QUE ME DEDICÓ

¡Cuántas angústias y mortal tormento!
Dó quier que vuelvo mis cansados ojos,
¡Ay solo encuentro pálidos abrojos,
Y el corazon despedazado y yerto.

De la copa fatal de la amargura,
Siempre bebiendo venenosas gotas,
Quizá ya tengo las entrañas rotas
Por la terrible y hórrida ternura.

Anciana miserable, es mi pasado
Un panorama fúnebre, sombrio,
Que con el llanto silencioso mio
Y con acibar cruel está regado.

Cargando el peso de una enorme cruz,
Voy caminando al lúgubre calvario,
Cual peregrino triste y solitario
Que atraviesa el desierto ya sin luz.

Cual dudoso crepúsculo que espira
Entre la noche vagarosa y fria,
Y al ocultarse entre la noche umbria
Tristeza, solamente, nos inspira:

Así es mi vida, en la indijencia suma
Sufro el desprecio atroz, que el desvalido
Devora en un tristísimo jemido,
Y que no puede bosquejar mi pluma;

Pero hay un bardo, que con dulce acento
Canta de mi existencia los dolores
Y de mi cruel destino los rigores,
Pesares mil y lágrimas sin cuento.

Alma sensible, de piedad sublime,
Tú sí comprendes la desgracia agena,
¡Y cuántas veces llorarás de pena
Por todo aquel que el infortunio oprime!

Por eso, Vate, mi dolor te inspira
Cuando cántas mi negra desventura,
Y de tu plectro de oro la dulzura,
Hace vibrar mi destemplada lira.

Por eso quiere el corazon herido
Enviarte en gratitud un tierno canto;
Mas, solo tengo el funerario llanto,
Y del martírio el lánguido gemido.

LAMENTACION.

AL último reflejo funerario
Del gran dia con lágrimas marcado,
Se descubre un cadalzo ensangrentado,
Sobre las pardas rocas del Calvario.

Allí al pié del patíbulo tremendo,
Jime una hermosa jóven israelita,
Y es la doncella del Señor, bendita,
De cruel congoja y de dolor muriendo.

No hay dolor comparable á su dolor,
Ni hay pesar que se iguale á su pesar;
De acerbas agonias es un mar
La Inmaculada Madre del Criador!

¡Tiene en sus brazos el cadáver Santo
Del Soberano Salvador del mundo:
Besa su frente con amor profnndo
Y sus heridas lava con su llanto!

Y por las sienes del Señor, sagradas,
Pasa la mano con dulzura tierna,
Y le acaricia con piedad materna
Y las espinas tócale, clavadas!

Tiembla la Santa Vírjen, bendecida,
Y al desprender cada punzante espina,
Con esa mano maternal, divina,
Besa, llorando, al Hijo de su vida.

Recuerda el tiempo en que, cuando era niño,
Ella peinaba su cabello hermoso
Y contemplaba su mirar radioso,
¡Ay! y gozaba su infantil cariño.

Y en la belleza del Mesias piensa,
Belleza, tanta, que jamás se viera,
Y al gran Señor de la celeste esfera,
Contempla ahora en su amargura inmensa.

¡Cual un leproso le há dejado el hombre!
De la cabeza á la divina planta,
Es una llaga cárdena, que espanta,
Es un destrozo de crueldad, sin nombre.

Mas, ¡oh, bondad! en su dolor materno,
¿Qué hace la límpia virginal Maria?
La sangre ofrece, ofrece la agonia,
Y á su Hijo muerto, ofrécelo al Eterno!

La libertad y salvacion del mundo
Pide por esa víctima preciosa:
¡Bendita séas, Madre Dolorosa,
Eres bendita en tu dolor profundo!

CRUCIFICALE.

¡CRUCIFÍCALE! grita el pueblo impío,
Y prorrumpe en horrenda carcajada,
Señalando á la víctima sagrada;
"Crucifícale," dice el cruel judío.

Y al escuchar el grito pronunciado
Contra ese jóven de hermosura tanta,
Toda la Corte celestial se espanta,
Y el arcánjel le adora prosternado;

Porque ese reo tan escarnecido,
Que ante Pilatos la sentencia espera,
¡Es el Creador de la celeste esfera,
Es el Eterno, el Soberano Unjido!

Atroz perfidia, iniquidad nefanda:
"Muera." repite la nacion hebréa.
Pilatos dice: "castigado séa,"
Y al Rey de Reyes, azotarle manda.

Y el gran Jehová, de Majestad gloriosa,
Que la creacion, humilde le obedece,
Al impío verdugo, El mismo ofrece
Su Omnipotente Mano Poderosa.

Y á la columna ignominiosa, atado
Es, por salvar clemente á sus criaturas,
Y el que vistió de estrellas las Alturas,
De su túnica santa es despojado.

Mira, alma mia, como se enrojece
Su Sacrosanto cuerpo virjinal,
Y sobre el inflamado cardenal,
Cae el azote y el tormento crece.

¡Qué horror! ¡qué horror! por las heridas brota
La Sangre real del Hacedor del mundo,
Y hasta los huesos, con dolor profundo,
Se están mirando entre la carne rota.

¡Piedad, piedad! no le azoteis ya mas,
Verdugos crueles, bárbaros impios!
¡Mirad su Sangre derramarse á rios,
Mirad su angústia, su dolor voraz!

Mirad, ingratos, como palidece
Y moribundo cae desmayado:
Mirad su cuerpo todo ensangrentado,
Cómo palpita, tiembla y se estremece.

¿Por qué, Señor y Dios de la hermosura,
A ese tormento os entregais Vos mismo,
¡Ah! por salvar al hombre del abismo,
Del vício infame, de la culpa impura.

Porque el pecado detestable, horrendo,
A la justicia del Señor provoca,
Sin vuestra Sangre, que el perdon invoca,
Su santo enojo estallará tremendo!

¡Y Vos, que sois el Santo, el inculpable,
Pagais, Señor, por rescatar al hombre?
¡Bendito sea vuestro Santo Nombre!
¡Misericordia, Redentor amable!

EN LA MUERTE DE JESUS GAVARRETE,

NIÑA DE ONCE AÑOS.

LANZABA el sol su matutino rayo
Entre celajes de oro y de topacio,
Cándida rosa del florido Mayo,
Cuando tu alma feliz cruzó el espacio.
Un Querubin de célica belleza
Vino á encontrarte, niña bendecida,
Y ante el excelso Dios de la grandeza,
Por el Querúbe fuiste conducida.
Y complacido se sonrió el Eterno
Al contemplar tu frente inmaculada;
Y la Madre de Dios, con eco tierno,
Fijando en tí su virjinal mirada,
Dijo: "Esta es una de mis bellas flores,
"Ven, niña hermosa, porque tú eres mia;"
Y entre los deslumbrantes resplandores
De inmensa gloria, vives con Maria.

LA DIVINA INFANCIA.

EL que, con su palabra sostiene en el vacío,
La infinidad de mundos que ruedan sin cesar,
El Dios Omnipotente, de grande poderío,
Que señaló sus diques al encrespado mar:

Dá plumas á las áves y dulce melodia,
A los campos belleza, perfumes á la flor:
Aparta las tinieblas del esplendente dia,
Sacude el terremoto, y al sol dá resplandor....

Que pinta los celajes, de nácar y topacio:
El Dios de la hermosura, de inmensa Majestad,
El que sobre los rayos pasea en el espacio,
Y canta su grandeza, la negra tempestad:

Convertido en humilde infante, pequeñuelo,
Llorando está, de frio, en un triste portal;
Y el Dios del universo, que no cabe en el Cielo,
Por vestidura tiene, un mísero pañal.

Y ese Niño que sabe cuánto duró la nada,
Antes que, con su aliento, formára la creacion,
Y cuenta los luceros, con solo una mirada
Les llama por sus nombres y sabe cuántos son.

Por redimir al mundo, con infantil contento,
En un duro pesébre se quiso reclinar;
Por eso las milicias del alto firmamento,
Sus harpas diamantinas, se aprestan á pulsar.

Y bajan á la tierra, sus álas desplegando,
Y en pléyades brillantes, rodeados de esplendor,
Se acercan al pesébre, la gloria publicando,
Del Niño á quien adoran con infinito amor.

Allá desde su trono, complácese el Eterno,
Viendo cómo palpita de su Hijo el corazon:
Una dulce sonrisa le envia el Niño tierno,
Que los ángeles llevan á la celeste Sion.

¡Gloria! resuena en todos los ámbitos del cielo:
¡Gloria! repite el ánjel de pudorosa faz,
Y vienen los Querubes en fulgoroso vuelo,
Cantando, y á los hombres, de Dios la dulce paz.

Adoran del Mesias los designios sagrados,
Y plegando sus álas con profunda humildad,
Le besan los divino piesitos, sonrosados,
Que tienen las medidas de la honda eternidad.

La noche está serena; la silenciosa luna,
Desde el cenit, alumbra con pálido fulgor,
El áspero pesebre que le sirve de cuna
Al delicado cuerpo del grande Salvador.

Y las flores del prado, con su fragante aroma,
Meciéndose en su tallo, perfuman á su Dios,
Los pájaros del bosque, la nítida paloma,
Le ofrecen alabanzas con armoniosa voz.

Su Madre, es la doncella de célica belleza,
Que con su diminuto y contorneado pié,
Del arcánjel soberbio quebranta la cabeza,
Porque de gracia llena, eternamente fué.

Por eso la revisten del sol los reverberos
Y la fuljente luna le sirve de escabel,
Su frente inmaculada circundan los luceros,
Y es la honra de su pueblo, la gloria de Israel.

Es el Padre adoptivo del Niño prodijioso,
Un pobre carpintero, aunque de extirpe real,
Por excelencia, santo, humilde y jeneroso,
Que lleva en su semblante la aureola virjinal.

Maria vé, extasiada, de su Hijo la belleza,
Besando con ternura sus manos de jazmin:
José tambien adora del Niño la grandeza,
Viendo como se entreabren sus lábios de carmin.

Un Querubin de rostro peregrino,
Cabellos de oro y célica sonrisa,
Al Nacimiento del Criador Divino,
A los pastores de Belen avisa.

Y levantando su serena frente,
Mas veloz que el relámpago se lanza,
Y revela á los Reyes del Oriente,
La nueva que les llena de esperanza.

De gozo, llenos, y de amor ferviente,
Los Reyes se encaminan al instante,
Guiados por una estrella refuljente,
A rendir homenaje al bello Infante.

Y cuando llegan al portal derruido,
Se estremecen de ver al Dios inmenso
En un pequeño Niño convertido,
Y le ofrecen de Arábia el puro incienso,

Y de la mirra la fragante esencia
Le dan humildes y con fé sencilla:
Oro le dan tambien, y en su presencia
Bajan la frente y doblan la rodilla.

El Niño les dirije una mirada
Donde se encierra un poema de ventura;
Y la Madre de Dios, inmaculada,
"¡Benditos seais!" les dice con dulzura.

Y en tanto que los pastores
Y los Monarcas adoran
Y humildes la gracia imploran
Del Señor de los señores:

Heródes, inícuo rey,
Y mas feroz que una fiera,
Quiere que el Mesias muera
Y dá una espantosa ley.

Con satánica sonrisa,
Decreta que, en el instante,
Se degüelle á todo infante,
Y á sus esbirros avisa.

La diabólica esperanza
Es que ruede la cabeza
Del Señor de la grandeza,
En la terrible matanza.

Tiembla la nacion Hebréa;
Pero todo esfuerzo es vano,
Porque el decreto inhumano,
Manda que cumplido séa.

Corre la sangre á torrentes,
Y pasa á filo de espada,
Su gente, de mano armada,
Catorce mil inocentes.

Los gritos de las madres se escuchan por doquiera,
Por toda partes ayes, lamentos y dolor:
Con mas ferocidad que el tigre y la pantera,
Arrancan de sus brazos los hijos de su amor.

Y en medio de la horrible y atroz carniceria,
Un ánjel se aparece al Patriarca José,
Diciendo: "Huye al instante con Jesus y Maria,
"A las tierras de Egipto, que allí te buscaré."

Y batiendo sus álas, remóntase al Empíreo,
Entre bellos celajes de nácar y zafir:
El Niño, mas hermoso que el perfumado lírio,
En brazos de su Madre comenzaba á dormir.

José llama á la puerta, despiértase el Infante,
Sus bellos ojos abre y comienza á llorar:
"¡Vamos!, dice el Patriarca, huyamos al instante!"
Pero el Divino Niño, no se quiere callar.

Le Vírjen le acaricia, y sin mas equipaje
Que unos pobres pañales y un pedazo de pan,
Emprenden al momento tan fatigoso viaje,
Y regando el desierto con triste llanto, van.

A MI HERMANA VICENTA,

EN CONTESTACION AL VERSO QUE ELLA TITULA "SU CUMPLE-AÑOS."

NO es el arcánjel de la desventura
El que regó de llanto tu camino:
Es el inmenso Dios de la hermosura,
Que en tí fijaba su mirar divino.

Por eso allá, desde tu edad primera,
Tu pobre corazon se hizo pedazos:
Te circundó de espinas por doquiera,
Y descargó la cruz sobre tus brazos.

¡Sígueme! dijo el bello Nazareno:
Sufre por mí, tormentos y dolores,
Que tengo un Cielo de delícias lleno,
Donde te guardo perfumadas flores.

¡Animo, pues, hermana muy querida!
De amarguísima hiel, el cáliz bebe,
Que es transitoria la penosa vida,
La gloria aterna y el tormento leve.

Sacude la tristeza, álza la frente,
Ya no quieras llorar, dulce Vicenta:
Que todo un Dios inmenso, Omnipotente,
Te está mirando y tus suspiros cuenta.

¿No míras en risueña lontananza
Un deslumbrante trono levantado,
Y el bello querubin de la esperanza,
Que dice: para tí está preparado?

Alégrate, porque eres escojida
Discípula del Santo Nazareno,
Que si el tormento circundó tu vida,
Será tu porvenir de goces lleno.

MEDITACION.

YA no se oye el acento del canario
Espresando la dicha y el amor;
Solo el buho se queja, solitario,
Junto á las tumbas, lleno de dolor.

Hundido en el Ocaso el claro dia,
Ya no abrillanta al horizonte el sol,
Lucha la luz con la tiniebla umbria
Y no luce en el cielo el arrebol.

Hora sin nombre, que á pensar convida,
Tienes algo del último extertor
Que oprime el pecho cuando el alma herida
Se exhála en un suspiro de dolor.

Es la noche; y de pálidas estrellas,
Salpicada la azúl concavidad,
Descubre al hombre las radiosas huellas
Del Dios oculto en esa inmensidad.

Llena de asombro se prosterna el alma
En la presencia del Supremo Ser,
Y envuelta en dulce y misteriosa calma,
Su deslumbrante aureola, creo ver.

Cámbia la escena: bordan el Oriente
Flotantes gazas de nevado tul,
Y entre ellas alza su radiosa frente
La blanca luna en el espacio azul.

Algun celaje vaga silencioso,
Como un velo de nácar y safír,
Donde se esconde el ánjel bondadoso,
Que las quejas de mi alma quiere oír.

Acaso escucha el grito dolorido
Que exhála moribundo el corazon,
Grito que lanza de dolor transido,
Al ver desvanecida su ilusion.

¡Hermosa noche! en tu tranquíla calma,
Sola con Dios, yo vengo á meditar,
Y de tormentos agoviada el alma,
Mi llanto triste corre sin cesar.

Cuando por mil pesares destrozada,
Apurando mi cáliz de dolor,
Busco mi porvenir.... ¡veo la nada!
Y punzantes espinas en redor.

LA PUREZA DE MARIA.

Eres bendita, ántes que el sol brillára,
Eres bendita, ántes que el mundo fuera,
¡Y ántes que el Universo se formara,
Tu límpia Concepcion, bendita era!

En su mente, el Señor, te formó bella,
Excelsa, te formó, cándida y pura:
¡Antes que creára la primera estrella,
Y que apartáse la tiniebla oscura!

Allí estabas con Dios, dulce Maria,
En su santo, divino pensamiento,
¡Cuando el cimiento colosal tendia
Del grandioso, azulado firmamento!

Allí estabas, Señora, cuando hacia
Los luceros y el rayo estrepitoso,
Y mirándote, afable te decia,
Al formar el infierno tenebroso:

"No es para tí esa cárcel espantosa,"
Y tocando su diestra Omnipotente,
En tu bendita frente, candorosa,
Dijo: "¡seré contigo eternamente!"

"Concebida serás, sin mancha alguna:
"Serás Madre, quedando Vírjen pura,
"Pondré á tus piés la refuljente Luna,
"Y el Sol se apagará con tu hermosura."

"Mi Santo Verbo, encarnará en tu seno,
"Porque, esa es mi Voluntad Sagrada;
"Y al Dios de los relámpagos y el trueno,
"Nutrirás, con tu leche Inmaculada."

Y bendijo el Señor tu Santo Nombre,
De la culpa fatal, salvarte quiso;
Y al sacar de la nada al primer hombre,
Te nombró Emperatriz del Paraíso.

Y eternamente libre del pecado,
Eternamente Inmaculada y santa:
¡Eternamente quedará humillado
El soberbio Luzbel, bajo tu planta!

Mas léjos que el Oriente del Poniente,
Mas distante que el cielo del infierno,
Está de tu alma pura é inocente,
Aun la culpa venial, desde ab-eterno.

Mil ejércitos de ángeles gloriosos,
Te bendicen y adoran tu pureza;
Y tiemblan los demonios espantosos
Al oir tu Nombre, y bajan la cabeza.

Todas las fúrias del abismo, en vano,
Sus asechanzas á tus pies pondran,
¡Porque en la palma de su augusta mano
Te lleva el Poderoso Dios de Abran!

Vírgen, ántes del parto, eres, Maria,
Y en el parto, Purísima doncella,
Y mas hermosa que la luz del dia,
Despues del parto, Inmaculada y bella.

El Altísimo te halla toda hermosa,
La corona imperial ciñe en tu frente:
Te llama Hija querida, Madre, Esposa,
Y te sienta en un trono refuljente.

Y el Dios que hace brotar las flores bellas,
El Dios de la creacion, que te ama tanto,
Quiso escribir con pálidas estrellas
En la orla diamantina de tu manto.

¡Reyna del cielo y de la tierra, eres,
Madre de Dios, en virjinal pureza,
Y bendita entre todas las mujeres,
Toda criatura cante tu grandeza!

¡Reyna del cielo y de la tierra, eres!
Entonan las supremas gerarquías,
Y bendita entre todas las mujeres,
Repiten con celestes melodías:

Millares de millones de millares
De arcángeles hermosos, inocentes,
Te alaban en dulcísimos cantares,
Y tu grandeza admiran reverentes.

Es tu guardia de honor, alta criatura,
Un batallon de excelsos Principados,
Que radiantes de gozo y de hermosura,
Tus órdenes esperan inclinados.

De tu Altísimo trono fulgoroso,
De ánjeles, un brillante rejimiento,
Sostiene el réjio pabellon, glorioso,
Rebosando de dicha y de contento.

Y resuena del orbe en los confines,
De tu Nombre la dulce melodía,
Y cantan los celestes Querubines:
¡Gloria al Eterno, que formó á María!

Despues de Dios, ¡oh, Vírjen Sacrosanta!
No hay belleza que iguale á tu belleza,
No hay perfeccion que llegue ni á tu planta,
Ni dignidad que alcance á tu grandeza.

Gloria eterna al Señor de la hermosura,
Que te dió las virtudes con su aliento:
Que te hizo bella, Inmaculada y pura,
Cual su divino y santo pensamiento.

A LA LUNA.

Cuando el hombre pecó la vez primera,
El Eterno lloró de sentimiento,
Salpicó con su llanto el firmamento,
Las estrellas brillaron en la esfera,

Una lágrima de esas, cristalina
Del ojo del Dios justo, desprendida,
En el cóncavo Cielo suspendida,
Eres tú, bella Luna diamantina.

Por eso al contemplarte, siente mi alma
Un estremecimiento misterioso,
Un no se qué de tierno y doloroso,
Al ver tu hermosa y apacible calma.

¡Cuántas generaciones se han pasado!
¡Cuántos siglos el tiempo há consumido!
¡Cuántos reyes al polvo han descendido,
Y tu dulce tristeza no há variado!

Melancólica siempre, aunque tan bella,
Emblema del dolor nunca borrado,
Por un amor divino mal pagado,
Que el hombre ingrato con perfidia sella.

Y cuando del Criador fuiste vertida,
Al caer de su pupila magestuosa,
Dijo: "Serás testigo silenciosa,
" Del horror de esa tierra maldecida:

"Mientras dures pendiente en el espacio
" Los hombres confundidos quedarán;
"Miserables, sin mí, nada podrán
"Todos, hasta el monarca en su palacio."

Dijo, y el rayo retumbó en el viento,
Tembló el infierno y de su seno inmundo
Arrojó las pasiones sobre el mundo,
Y el hombre fué infeliz desde el momento.

A mi Sobrino J. S. de la Cerda

EN SU NATALICIO.

Que nunca el triste llanto, empañe tus mejillas
Ni sientas las congojas, del hórrido dolor,
Que sean venturosos, de tu vida los dias
De dicha circundados, querido Salvador.

Diez y seis años hace, que por la vez primera,
Sobre tu tersa frente, mil besos imprimí,
Por eso las delicias, del bello Eden quisiera
Que tú las disfrutaras, que fueran para tí.

Por eso rebosando de plácida alegria
A recibir el Santo Bautismo te llevé,
Y en tanto que el Ministro de Dios te bendecia,
Mi férvida plegaria al Cielo levanté.

Para que la mirada del Dios de la hermosura,
Te colme de su gracia, presérvete del mal,
Los ánjeles del Cielo, circunden tu alma pura
Y que jamas te manche el cieno mundanal.

LA ROSA SECA.

¿Dónde estan tus colores, muerta rosa,
Y el aroma que suave despedias,
Cuando fresca y lozana te mecias
En el pensil cual reina victoriosa?
¿Y tu beldad magnífica y pomposa
Donde está con las gracias que tenias
En otro tiempo, allá en mejores dias,
Cuando en mi mano estabas tan hermosa?
¡Flor infeliz! marchita y deshojada,
Tu belleza en despojos convertida,
Tu ideal encanto se tornó á la nada,
Como la dicha para mí perdida,
Entre el materialismo y la fealdad
De una negra espantosa realidad.

EL MIRASOL.

SONETO.

¿Por qué abatida en tu florido mayo,
Lloras, padeces, amorosa flor,
Y, agoviada de mortal dolor,
Pálida, yerta duermes sobre el tallo?
¡Infeliz! amas, y el fuljente rayo
Del astro bello de tu ideal amor
En el ocaso esconde su esplendor,
Y quedas sola, en lánguido desmayo.
Pero dichosa, le verás mañana
En el Oriente aparecer radioso,
Y á contemplarle te alzarás lozana
Mirando fija su semblante hermoso;
Mas ¡ay! se ausenta, y vuelves á llorar,
Cándido emblema del que sabe amar.

EL CORAZON.

Corazon desventurado
¡Aun palpitas todavia,
Y suspiras, desdichado,
En tu fúnebre agonia!

¡Siempre amar! ¡siempre sufrir,
Es tu bárbaro destino,
Y de llanto hasta morir,
Triste riegas tu camino!

Sangre viertes, abatido
En tu negro y cruel pesar,
Y hasta tu último latido,
El dolor ha de marcar.

Solitario, desgarrado,
En pedazos convertido,
Te estremeces desolado
En tus penas sumerjido.

¡Ay! escondete en tí mismo,
Desgraciado corazon,
Huye del profundo abismo
De un amor de maldicion.

Ven, funesta indiferencia,
Ven amargo, frio hielo,
Yo te invoco, á mi dolencia,
Dad mortífero consuelo.

Por piedad Ven á destruir
Mis afectos mas hermosos,
Y mi pecho á convertir
En escombros silenciosos.

Torna en yerta peña dura
Mi sensible corazon;
Y de amor la llama pura,
Apagad, por compasion,

Que jamas vuelva á latir,
Conmovido en este mundo,
Ni á amar mas, ni mas sentir,
Gozo ni dolor profundo.

Muerto á toda sensacion,
Por siempre estoico y helado,
Sepúltate en la inaccion,
Corazon desventurado.

" ¿QUIERES QUE CANTE? "

(DEDICADA AL SR. LDO. DON A. B.)

¿Quieres que cante cuando triste lloro,
Del infortunio al apurar las gotas,
Cuando en silencio mi dolor devoro,
Y estan las cuerdas de mi lira rotas?

No es el cantar de mi enlutada lira
El que en arpégios fáciles resbala;
Que el númen del dolor es quien me inspira
Y mi canto es un ¡ay! que el alma exhala.

Víctima siempre del fatal destino,
Do quier que vuelvo mis cansados ojos,
Sembrado está de espinas mi camino,
Y de punzantes y ásperos abrojos.

Mi existencia es un mar de desventura,
Mi pasado es un poema de tormento,
Mi presente un instante de amargura,
Y el porvenir el hondo sufrimiento.

De vez en cuando, allá en mi fantasía,
Veo pasar un ángel de consuelo,
¡Ay! es la sombra de la madre mia
Que para siempre remontóse al cielo.

Grato recuerdo de mi tierna infancia,
Viene á arrullar mi corazon doliente,
Cándida flor de célica fragancia
Que arrebató del tiempo la corriente.

El delicioso panorama veo
De mi niñez dichosa y placentera,
Cuando en mis dulces horas de recreo,
De contento saltaba en la pradera.

De mis padres queridos todavia,
Creo sentir los ósculos sagrados
Cuando yo era feliz y no sabia,
Que hay en la tierra Seres desgraciados.

Porque en la negra adversidad se siente
El dolor de las crueles decepciones,
Si alguna vez cruzaron por la mente
Lisonjeras, mentidas ilusiones.

Pues en el mundo se ama la riqueza,
La vanidad y el falso poderío,
Y la virtud, envuelta en la pobreza,
Es vil juguete del sarcasmo impío.

Tal es la suerte que al mortal espera
En el estéril páramo del mundo,
¡Allá en el Cielo hay dicha verdadera,
Aqui pesares y dolor profundo!

CANTICO

Allá desde su trono refuljente,
El Altísimo Dios de la hermosura,
Su divina mirada dulcemente
Fijaba en una niña con ternura.

Y sobre Nazaret de Galiléa,
Su omnipotente mano levantaba,
Y decia el Señor ¡Bendita Séa!
Y á la niña, de gracia circundaba.

En tanto que los Angeles decian,
¡Quién es esta? Y sus alas desplegando,
Del Empireo á la tierra descendian,
En melodiosos coros entonando.

¿Quien es? que del desierto se levanta
Majestuosa, y mas bella que la aurora,
Que entre suaves perfumes se adelanta
Al blando rayo que el celage dora.

Mas hermosa que el Sol en el Oriente
En la mañana del sereno Abril,
Cuando baña su luz resplandeciente
De los montes el áspero perfil.

Fuerte como un ejército terrible
Que aparece cual sólida muralla,
De valientes soldados, invencible
Y preparado en órden de batalla.

Tiene á sus plantas la fulgente luna,
Y los luceros ciñen su cabeza,
En tanto duerme en su pequeña cuna
Porque ella ignora su inmortal grandeza.

Y de esa niña, todo un Dios inmenso
Recibe afable su infantil sonrisa,
Como el aroma del fragante incienso
Entre el suspiro de celeste brisa.

Un Querubin de célica belleza,
Blondos cabellos, sonrosada frente,
Cantaba ¡Gloria al Dios de la grandeza!
Y mecia la cuna blandamente.

Otros que en el espacio se cernian
Con sus nítidas alas le formaban
Un réjio pabellon, y sonreian,
Y á la preciosa niña contemplaban.

De los ángeles de alta jerarquía,
De blandas alas, rostro peregrino,
Dulce mirada en donde irradía
La venturanza del amor divino.

Guardia de honor á la niñita hacia,
Un deslumbrante ejército que estaba,
De pié junto á la Cuna en que dormia,
Y plegando las alas se inclinaba.

¿Quien es esa bellísima criatura
Que atrae las miradas del Eterno,
Y los ángeles cantan su hermosura
Y hace temblar el tenebroso infierno?

¿Quien es esa, tan limpia y candorosa
Que complacido el mismo Dios decia?
"No hallo manchas en ella, es toda hermosa,"
¡De rodillas, Cristianos, *es Maria!*

EL COMETA.

Magnífico viajero que pasas majestuoso
Cubriendo con tu cauda de mundos un millon,
Y cantando la gloria del Todopoderoso,
Del Oriente al Poniente, del Sur al Setentrion.

¿En que rejion estabas cuando en la tierra habia
Un bello Paraíso de delicias sin fin?
Lugar afortunado de célica poesia,
De flores sin espinas espléndido jardin.

Brillantes panoramas eterna primavera,
Y fuentes y cascadas y rutilante Sol,
Distintos animales se veian por doquiera
Y bellas mariposas de hermoso tornasol.

Las aves de los bosques con dulce melodia
Cantaban por doquiera la gloria del Señor,
Cantábale la lumbre del placentero dia,
Y en los risueños prados la perfumada flor.

De los soberbios montes la poética hermosura,
Los mares con sus olas venian á besar,
Y todo era armonía, todo fragancia pura,
Y solo se gozaba inmenso bienestar.

Y en ese Paraiso Adan y Eva habitaban
Henchidos de delicias bellísimos los dos,
Los Angeles del Cielo con ellos conversaban
Viviendo circundados de la gracia de Dios.

Mas hay los desventurados
Un delito cometieron,
Del Paraíso arrojados
Para siempre desterrados
A este desierto vinieron.

¡Les viste cometa hermoso
Derramar el primer llanto!
Y tornarse el puro gozo,
En suspiro doloroso
Y en funerario quebranto.

Ya no eran los inocentes,
Arcángeles de hermosura,
Sino pobres delincuentes
Que entre jemidos dolientes
Sufrian la desventura.

Y un Querubin por el Señor mandado,
Algun dia verás cometa hermoso,
¡Jurando por el Todopoderoso
Que ya el fin de los tiempos ha llegado!

Dominando los bastos elementos
De Majestad y de hermosura lleno,
Anunciará con una voz de trueno
La justicia del Dios de los portentos.

Apagará del Sol los resplandores,
Con voz terrible llamará á los muertos,
Hará crujir de espanto los desiertos,
Y con su aliento secará las flores.

¡Y tu verás los mundos desquiciarse
Chocando unos con otros con estruendo!
Y el mar enfurecido levantarse,
De sus inmensos límites saliendo.

Y el globo de la tierra bamboleando
Cual un pequeño arista en el vacío,
Y millares de rayos reventando,
Y desatado el huracan bravío.

Quién sabe si tu nucleo refuljente
En roja llamarada convertido,
Envolverá la tierra en fuego ardiente,
¡Ay entónces del mundo corrompido!

A MI SOBRINA,

Ana Maria de la Cerda, en su dia.

No quiero para tí felicidades
Que pasan cual la flor de la mañana,
Pues solo vanidad de vanidades
Hay en la miserable raza humana.

La juventud con toda su hermosura,
Con su graciosa y plácida sonrisa,
Y con sus ilusiones de ventura,
Entre el curso del tiempo se desliza.

Y cada dia es una pincelada
Que va desfigurando el rostro bello,
Y la vejéz adusta despiadada,
Viene á imprimirle un terrible sello.

La fama, los honores, la riqueza,
Con su espléndido lujo y poderio,
Y los sueños de gloria y de grandeza,
Van á perderse en el sepulcro frio.

Si una réjia corona te ofreciera,
Poca cosa seria, aunque deslumbra,
Porque los potentados de alta esfera
Bajan tambien á la funesta tumba.

Por eso te deseo el alto Cielo
Donde jamas penetran los dolores,
Ni las funestas lágrimas de duelo,
Ni los pesares y los sinsabores.

Levanta pues la mirada
A esa mansion esplendente,
Recuerda que el mundo es nada,
Y cantarás, extasiada
¡Solo Dios es permanente!

FIN.

INDICE.

	Pajinas.
Advertencia	I
El mundo	1
A mi sobrino José Salvador de la C., en su natalicio	8
A mi hermana Vicenta, en sus dias	9
A la inspirada poetisa Sra. Dña. Cármen P. de Silva, en contestacion á su preciosa poesía	10
Un recuerdo [Soneto]	11
La vision	11
A la ruina de San Salvador	13
Al inspirado poeta Sr. D. Felipe Silva, en contestacion á su preciosa poesía	18
A la Sra. Dña. Guadalupe de Sarávia, en la muerte de sus cuatro hijos	18
En la tumba de mi padre	20
Las lágrimas	21
El tiempo	21
La Creacion del Universo	22
La pobreza	22
El Dilúvio universal	27
La miséria	35
Cántico	36
A mi querida amiga Dña. Cármen Izquierdo de Molina, en contestacion á una preciosa poesía	39
La existencia de Dios	40
El mendigo	43
La risa istérica	44
El amor verdadero	46
La Oracion del Huerto	48
"La muerte de mi madre"	52
A la noche	55
Un amor secreto	57
Un pensamiento	58
El sueño	60
A un amigo	62
El nardo	65
La mariposa	65
La esperanza	66
La amargura	67
La música (Soneto)	68
El sarcasmo	69
Remedio para hacer constante á la mujer.—Soneto anónimo publicado en el Calendario de la Paz el año 1853.	69
Contestacion de la Srita. Laparra, al anterior Soneto	70
La memoria	70
El Volcan de la Antigua Guatemala	73
El Cólera mórbus	77
El Panteon	79
El clavel	82
Cántico	83
Plegária	86
A la muerte del Salvador	87
Mi númen	90
A mi madre	90
Al Sr. Lic. Don P. G., en contestacion á la preciosa poesía que me dedicó	92
Lamentacion	94
Crucificale	95
En la muerte de Jesus Gavarrete	97
La Divina infancia	98
A mi hermana Vicenta, en	

PAJINAS.

contestacion al verso que ella titula "Su cumple-años" 102
Meditacion 103
La Pureza de Maria..... 105
A la Luna..... 108
A mi sobrino J. S. de la Cerda, en su natalício..... 109
La rosa seca..... 110

PAJINAS.

El mirasol, Soneto..... 110
El corazon..... 111
" ¿Quieres que cante? "..... 112
Cántico 114
El Cometa..... 116
A mi sobrina Àna Maria de la Cerda, en su dia..... 118

———

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.